



UNA APROXIMACIÓN A LA OBRA DE MARIO RIAL. LOS RELATOS DEL ÁFRICA CERCANA

AN APPROACH TO MARIO RIAL'S WRITINGS.
HIS PUBLICATIONS ON NORTH-WESTERN AFRICA

Francisco Javier Castillo* 

Fecha de Recepción: 31 de enero de 2022
Fecha de Aceptación: 18 de junio de 2022

Cómo citar este artículo/Citation: Francisco Javier Castillo (2023). Una aproximación a la obra de Mario Rial. Los relatos del África cercana. *Anuario de Estudios Atlánticos*; nº 69: 069-012.
<https://revistas.grancanaria.com/index.php/aea/article/view/10817/aea>
ISSN 2386-5571. <https://doi.org/10.36980/10817/aea>

Resumen: La experiencia colonial española en el Magreb a lo largo de la pasada centuria generó un cuerpo bibliográfico notable y relevante. A las valiosas monografías científicas, que buscaban profundizar en el conocimiento de los territorios administrados, se suman las publicaciones periódicas, mayoritariamente de carácter institucional, que resultan imprescindibles para acercarnos a la percepción que los autores reflejan de la realidad africana y a la labor que estos hacen en la divulgación y la preservación de las tradiciones en general y, en particular, de la literatura oral. En esta ocasión se examina la aportación al respecto del escritor canario Mario Rial, especialmente reflejada en los trabajos publicados en las páginas del semanario *A.O.E.* de Sidi Ifni en el año 1947. En varios casos vemos que Rial está atento de modo especial a los relatos que circulan de boca en boca desde tiempo inmemorial y, convertidos en materia narrativa, les otorga nueva vida.

Palabras clave: Literatura oral, cultura, etnografía, publicaciones periódicas, África noroccidental.

Abstract: The Spanish colonial presence in the Magreb along the past century produced an outstanding number of publications. To the valuable group of scientific contributions, whose aim was to go deep in the knowledge of the territories under administration, we have to add the journals and reviews, mainly of institutional nature, which are essential when approaching to the perception the writers show on the Northwestern African universe and to the work they do in the dissemination and preservation of traditions and, particularly, of the oral literature. This is an approach to the significant role in this field by the Canary writer Mario Rial, especially seen in his works published in 1947 in the Sidi Ifni paper *A.O.E.* In them we can see the attention Rial pays to the Sahara oral tales since old times circulating from mouth to mouth and how, through the written word, he helps to restore life to them.

Keywords: Oral literature, culture, ethnography, journals, North-Western Africa.

Y junto a las hogueras, en las noches claras cuando jóvenes y viejos se reunían a contar historias, se hablaba que el alma del *chej*, que se condenó por matar a su hija, ronda eternamente por la playa...

Mario Rial

* Profesor titular del Departamento de Filología Inglesa y Alemana de la Universidad de La Laguna. Facultad de Humanidades. Sección de Filología. Campus de Guajara. Apartado 456. 38200. San Cristóbal de La Laguna. Tenerife. España. Teléfono +34922317656; correo electrónico: fcastil@ull.edu.es



Et je m'accoude à la fenêtre. Le voilier qui nous ravitailler une fois par mois en eau douce se balance léger sur la mer. Il est charmant. Il habille d'un peu de vie tremblante, de linge frais tout mon désert. Je suis Noé visité dans l'arche par la colombe.

Antoine de Saint-Exupéry, *Courrier sud*

Estas páginas quieren ser un acercamiento a la obra del escritor canario Mario Rial González (1918-1983) y, en particular, a sus colaboraciones sobre el África próxima. Estoy convencido de que es una iniciativa necesaria y justificada que busca acercar la vida, la personalidad y la labor literaria de este autor y, al mismo tiempo, conseguir con ello que deje de ser la figura olvidada de una saga que destaca en el campo de las letras de manera más que notable. En este sentido a nadie se le oculta lo ampliamente conocida y valorada que es la producción del escritor tinerfeño Alberto Vázquez-Figueroa Rial, y otro tanto sucede con las de otros miembros de su familia, como José Rial Vázquez, abuelo materno de Alberto, y José Antonio Rial González, su tío, a los que me voy a referir oportunamente, pero no ocurre lo mismo con su otro tío, Mario Rial González, que es también un escritor espléndido y que cuenta con una producción propia de indudable interés, a la que corresponden las colaboraciones que aquí nos ocupan y que publica en el semanario *A.O.E.* de Sidi Ifni. Se trata de artículos de especial valor, no solo por su apreciable calidad formal y porque nos traslada su visión personal de la realidad en la que vive, sino también porque en ellos actúa de auténtico transmisor de las tradiciones del Sáhara y, de manera especial, de su literatura oral.

Esta aproximación a la vida y la obra de Mario Rial, que es ya en sí misma una propuesta de estudio novedosa y prometedora, no se queda solo en eso, sino que, además, nos va a conducir a otras parcelas de especial interés, que nos ayudan a establecer el contexto específico en el que se producen las colaboraciones de nuestro autor. Así, nos permite acercarnos a las claves del escenario en el que nuestro país administra el protectorado norteafricano, en especial entre los años 1946 y 1958, nos lleva a entrar en el campo, singularmente atractivo, de la andadura de la prensa colonial española en el siglo pasado¹ y, en particular, nos deja conocer la naturaleza y el alcance que tiene *A.O.E.* A esto se suma otra arista de indudable interés y que en cierta forma era de sospechar. Me refiero a que en el universo de este semanario también se hace presente el mundo insular, un hecho de todo punto natural y esperable no solo por la cercanía geográfica sino también por la amplia presencia de mandos, reclutas, funcionarios y civiles canarios en los territorios africanos administrados. Mario Rial es una prueba en este sentido, pero no estamos ante la única a este respecto.

Para comprobarlo, el lector curioso no tiene más que acudir a las secciones habituales de *A.O.E* que llevan sus correspondientes en las Islas. Una de ellas es «Entre el Nublo y las Cañadas», a cargo de Juan Farías, que es, como se sabe, el seudónimo habitual de Néstor Álamo (1906-1994). Con el tiempo aparece «Crónica de las Palmas de Gran Canaria», a cargo de F. Pérez Báez, y que luego pasa a «Crónica de Gran Canaria»; y ya en la última etapa tenemos «Aquí, Canarias», de Francisco Cruz de Castro, y que después llevará Andrés Ruiz. A esto hay que sumar las numerosas publicaciones en el semanario que proceden de colaboradores isleños, entre los que se dan escritores de singular mérito, como es el caso de Agustín de la Hoz (1926-1988), cuya aportación destaca en especial por el número y por la calidad de los trabajos del año 1950. Si nos acercamos a ellos, vemos que se dan contribuciones esperables por la situación del país en aquellos momentos, al tiempo que también figura alguna de tema costumbrista canario, como se puede apreciar en «Gofio, batata, pescao»², pero lo realmente interesante es que, en una buena parte de los casos, Agustín de la Hoz nos pone delante la realidad africana sin edulcorarla ni mitificarla³.

1 DALMASES (2012-2013), pp. 8-14; VALDERRAMA (1956); MOGA (2008); y SABIR (2016), pp. 89-115.

2 HOZ (16 de julio de 1950).

3 HOZ (1 de enero de 1950, 15 de enero de 1950, 29 de enero de 1950, 19 de marzo de 1950, 26 de marzo de 1950, 16 de abril de 1950, 30 de abril de 1950, 14 de mayo de 1950, 28 de mayo de 1950, 4 de junio de 1950, 18 de junio de 1950, 2 de julio de 1950, 30 de julio de 1950, 6 de agosto de 1950, 13 de agosto de 1950, 24 de septiembre de 1950, 15 de octubre de 1950, 22 de octubre de 1950, 26 de noviembre de 1950 y 10 de diciembre de 1950).

Sin duda alguna son trabajos de singular interés que merecen un estudio monográfico, en especial porque constituyen los inicios de la labor literaria y periodística de este autor y los precedentes de su trabajo en el *Diario de Las Palmas*.

A ello se une, además, la participación en el nivel gráfico, como la del pintor palmero José María Acosta Lorenzo (1916-1992), que deja una destacada obra pictórica sobre el paisaje y la vida en Sidi Ifni y que colabora ampliamente en *A.O.E.* Un buen número de sus trabajos aparecen en la serie «Fisonomía del territorio de Ifni», algunos de ellos aparecen de portada, como el del morabo de Sidi Mohammed ben Abdel-lah, en el número del 20 de noviembre de 1955, pero su aportación gráfica más extensa la constituyen sus viñetas e ilustraciones de los artículos del semanario⁴. Todo esto refleja la amplitud y la variedad de las colaboraciones de autores y artistas canarios en este medio. Es de desear que la riqueza de esta contribución llame la atención de distintos estudiosos para que así sea conocida y justamente valorada, y espero que estas páginas sobre los trabajos de Mario Rial ayuden en este sentido.

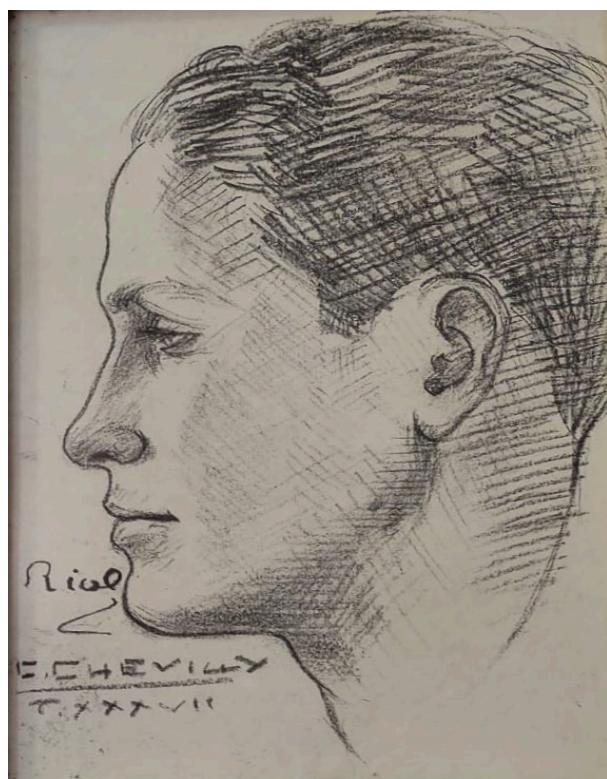


Figura 1. Retrato de Mario Rial. Dibujo de Carlos Chevilly, Santa Cruz de Tenerife.
Foto del original cedida por Fanny Rial.

NOTAS DE UNA VIDA

De manera inicial, antes de profundizar en el examen de las colaboraciones literarias de Mario César Rial González, se hacen necesarios unos apuntes biográficos. En este sentido hay que señalar que su vida se va a desarrollar en tres escenarios: en Las Palmas de Gran Canaria, donde nace el 2 de diciembre de 1918⁵ y pasa su infancia; en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, a la que su familia se traslada en 1931, cuando Mario cuenta doce años, y donde va a discurrir la

⁴ Véase HOZ (22 de octubre de 1950 y 4 de junio de 1950). Apuntes biográficos de José María Acosta vienen en SAENZ (29 de marzo de 1950, 6 de diciembre de 1950). Véase también SABIR (1916), pp. 256-257.

⁵ Debo este dato, además de otros de naturaleza personal y familiar, a la amabilidad de doña Fanny Rial Rodríguez, hija mayor del autor que nos ocupa. Quiero expresar aquí mi reconocimiento a ella y a su familia por su disponibilidad y su cercanía, al igual que por las facilidades dadas para la reproducción del material gráfico que enriquece este artículo.

mayor parte de su vida; en la localidad de Cabo Juby, donde reside a lo largo de siete años, de 1945 a 1952, ejerciendo como funcionario de la escala auxiliar del Cuerpo General Administrativo del África Española; y, finalmente, el regreso a Tenerife hasta el final de sus días, desafortunada e inesperadamente adelantado, el 19 de octubre de 1983⁶. Desde su nacimiento en el faro de La Isleta, del que su padre era titular, hasta su partida definitiva, siempre va a contar con la proximidad del océano: el mar canario, el africano, dos nombres para una misma entidad. Otro rasgo definitorio de su vida es el amor a la cultura y a la literatura, que constituye un rasgo esencial de su familia, en la que las letras poseen un marcado protagonismo, como también lo tiene el compromiso político y social.

Una aproximación a la historia personal de Mario Rial nos lleva de manera inevitable a la figura de su padre, José Rial Vázquez (1888-1973), andaluz de origen y filipino de nacimiento, cuya relación con Canarias comienza en 1913 cuando gana las oposiciones al cuerpo de oficiales de faros y se le destina al de Martiño, en la isla de Lobos, en donde se instala con María González Bonfante (1890-1973)⁷, su mujer, y con sus hijos María Francisca (1909-2000) y José Antonio (1911-2009)⁸. En José Rial estamos ante un torrero atípico porque tenemos en él un intelectual joven que está siempre rodeado de papeles y de libros, por eso su vida en el islote no debe haber sido fácil, como lo muestra el hecho de que tiene que sufrir las fricciones no solo con los pescadores de Corralejo asentados en el islote, sino también con los terratenientes de La Oliva, un desencuentro que refleja más tarde en sus primeros trabajos narrativos. En Lobos la familia crece con la llegada de dos hijos más, Margarita de las Nieves (1914-1949) y Alberto (1916-2010). Creo que estas precisiones que hago son necesarias porque en distintas fuentes no se recoge la composición real de la familia Rial en Lobos. Una de ellas es el artículo de Stephan Scholz y César-Javier Palacios, en el núm. 6 de *Rincones del Atlántico*, donde se dice que José Rial vivió en Lobos escasamente tres años «en compañía de su mujer María y su hijo de corta edad»⁹. El mismo equívoco se refleja en varias páginas de la red relativas al islote. Por fortuna Ignacio Romero maneja datos ciertos y fiables¹⁰, como también lo son las muy bellas líneas con las que Alberto Vázquez-Figueroa rememora los años de Margarita de las Nieves Rial, su madre, en Lobos¹¹.

En 1916, tras tres años de estancia, los Rial cambian el faro de Martiño por el de La Isleta en Las Palmas, ciudad en la que nuestro torrero particular va a desarrollar una intensa labor periodística, además de publicar sus obras más tempranas¹², y en la que nacen sus hijos Mario y Marta (1922-2017). La labor de farero que José Rial desempeña a lo largo de diecisiete años concluye en 1931, cuando se traslada a Santa Cruz de Tenerife, destinado a la Jefatura de Obras Públicas, y donde, como es de esperar, comienza a trabajar y colaborar en diversos periódicos, en los que le dedica especial atención a la crítica teatral y a la entrevista. Toda esta actividad creativa la trastoca la Guerra Civil y, a raíz del alzamiento del 18 de julio de 1936, vive la tragedia de las prisiones flotantes de Santa Cruz de Tenerife, el destierro al Sáhara y la posterior fuga de Villa Cisneros. Luego vendrán los campos de concentración franceses, el exilio americano y en 1964, a los 76 años de edad, el regreso a Tenerife, donde se vuelve a implicar de nuevo en la prensa local¹³.

Igual de fecunda es la obra del hermano mayor de Mario, José Antonio Rial González, novelista, dramaturgo y periodista. En Tenerife se dedica a la cultura y al periodismo, y forma

6 Registro civil de Santa Cruz de Tenerife, sección segunda, tomo 48, p. 59; Registro civil de San Cristóbal de La Laguna, sección tercera, tomo 92, p. 513..

7 Era natural de San Fernando, hija de José González Jurado y de María Bonfante Benítez, ambos de San Fernando. Sus suegros eran José Rial Sierra, natural de Jerez, y Francisca Vázquez Márquez, de Cádiz. La raigambre andaluza de la familia queda plenamente acreditada.

8 Registro civil de San Fernando (Cádiz), tomo 97, folio 182.

9 SCHOLZ y PALACIOS (2009-2010), p. 94.

10 ROMERO (2017), p. 107.

11 VÁZQUEZ-FIGUEROA (2017).

12 RIAL (1925, 1926, 1928).

13 Sobre José Rial véanse, entre otros, FERNÁNDEZ (2011), pp. 508-510; ANSOLA (2021), p. 159; MARTÍN NÁJERA (2010); CABRERA (1990); GODOY (1997), pp. 104-178; PEREZ GARCÍA (2002), pp. 183-185; SCHOLZ y PALACIOS (2009-2010), pp. 94-95; MEDINA (2011a, 2011b); GANZO (2014); y ROMERO (2017), pp. 100, 107-109.

parte de *Gaceta de Arte*. Las mismas dificultades y la misma represión que conoce su padre las va a sufrir él, hasta que en 1950 se exilia en Venezuela, donde su producción literaria se amplía notablemente y desarrolla una destacada actividad en la prensa¹⁴.



Figura 2. En *El Universal* de Caracas. De izquierda a derecha: José Antonio Vázquez-Figueroa, José Antonio Rial González, Alberto Vázquez-Figueroa y José Rial Vázquez. Foto: Fanny Rial.

Como se puede ver, en la familia Rial juegan un importante papel la literatura, el periodismo y la cultura, y el joven Mario recibe toda esta influencia y la enriquece con amplias y variadas lecturas. A mediados de 1936, Mario tiene diecisiete años y, como todos los jóvenes de su generación, tiene planes para ampliar sus estudios y con toda seguridad hace proyectos, pero los atroces e inciviles derroteros que sigue el país disponen un guion bien diferente. Sus planes y sus sueños tendrán que esperar.

LA VIDA EN CABO JUBY: LOS PRIMEROS AÑOS

En esta ocasión, de la biografía de Mario Rial nos interesa especialmente la etapa que se abre a finales de julio de 1945, cuando se instala en Cabo Juby para ejercer como funcionario. Lo acompaña su esposa, Fanny Rodríguez Castro (1922-1999), con la que se acaba de casar en Santa Cruz de Tenerife. En aquellos momentos la localidad en la que el matrimonio Rial se establece es un pequeño enclave de la costa africana, tranquilo y con una corta andadura. En este sentido conviene recordar que, en el año 1912, como fruto de las negociaciones con Francia, se consigue que la zona situada al sur del río Draa pase a ser protectorado español. Este es el territorio de Cabo Juby, que alcanza los 32 875 kilómetros cuadrados, pero no será hasta cuatro años después que se produce la presencia efectiva en el territorio, cuando el capitán Francisco Bens Argandoña (1867-1949), entonces gobernador de Río de Oro, lo ocupa de manera oficial el 29 de julio de 1916. La localidad de Tarfaya pasa a llamarse Villa Bens, una denominación que nunca llegó a tener mucha popularidad, y se convierte en la cabeza del territorio. Los primeros esfuerzos se dirigen a acondicionar las instalaciones que deja la compañía inglesa North West African Company, establecida en el lugar en el periodo 1875-1895, y se van añadiendo de forma progresiva las infraestructuras necesarias.

14 Para su biografía y su producción literaria, véanse CONCEPCIÓN (1992); LOVERA (1988); MÁRQUEZ (2006-2007); y ROMERO (2017), pp. 110-111.

Este nuevo emplazamiento español va a desempeñar un protagonismo especial como escala de la aviación postal¹⁵. Es precisamente esta actividad la que va a unir la vida y la obra del entonces piloto Antoine de Saint-Exupéry con Villa Bens, a donde llega en 1927 como jefe de escala de la compañía gala Aéropostale. Sus aviadores, encargados de llevar el correo desde Toulouse a Dakar en escalas, se detenían allí para descansar y para repostar sus biplanos. La presencia de Saint-Exupéry es fruto de una opción personal que lo lleva a preferir la soledad del desierto y las estrecheces de una barraca a la comodidad y seguridad del puesto que le ofrecen de representante de la compañía en Madrid. En Cabo Juby va a estar dieciocho meses, desde octubre de 1927 a marzo de 1928 y allí escribe su primera novela, *Courrier sud* (1929), donde se refleja que el desierto influye en él de manera notable. De su estancia nos habla el propio escritor, pero también son especialmente relevantes las referencias que sobre él trae el militar y piloto español Ignacio Hidalgo de Cisneros (1894-1966). También coincide con Saint Exupéry el periodista, escritor y poeta Luis de Oteyza (1883-1961), que hace escala brevemente en Cabo Juby a finales de diciembre de 1927, de paso para Senegal, acompañado del fotógrafo Alfonso Sánchez Portela «Alfonsito» (1902-1996), que nos lega dos interesantes instantáneas del piloto francés¹⁶.

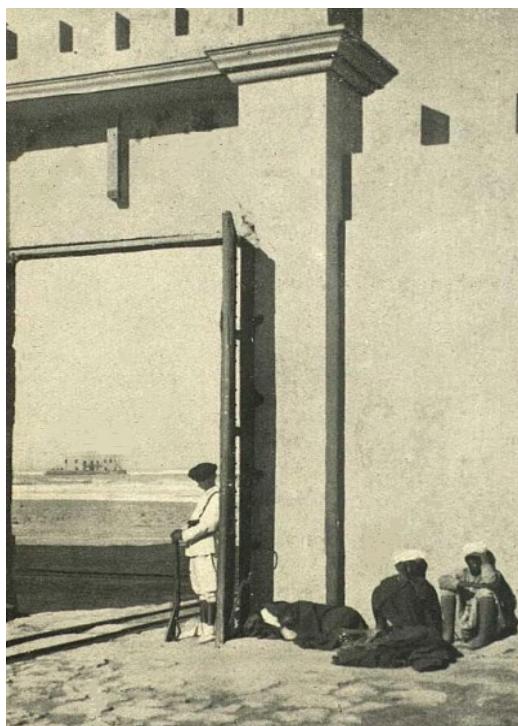


Figura 3. Cabo Juby en 1943. Entrada al fuerte español, con la Casa (del) Mar al fondo.
Fuente: E. Guinea López (1945a), p. 28.

Pasan los años y, en julio de 1946, el área de Cabo Juby entra a formar parte del África Occidental Española, una nueva unidad administrativa de naturaleza político-militar, que comprende los territorios de Ifni, Cabo Juby, Saguia el Hamra y Río de Oro y que ahora se agrupan bajo el mando de un gobernador general, con residencia en Sidi Ifni, y que dependen directamente de la Presidencia del Gobierno, en aquellos momentos controlada personalmente por Francisco Franco¹⁷. Es en el contexto de este nuevo impulso político-administrativo que el régimen ha decidido para la región cuando se produce la estancia de Mario Rial.

15 DALMASES (2012-2013), pp. 251-258; MARTÍN HERNÁNDEZ (1988); y RAMÍREZ (1996).

16 SAINT-EXUPÉRY (1978), pp. 114-115; HIDALGO (1977), I, pp. 195-201; OTEYZA (1928); DÍEZ (2009); DALMASES (2012-2013), pp. 258-261.

17 Es amplia la bibliografía sobre la presencia española en África y la política colonial de nuestro país en el siglo XX. Entre otras referencias, remitimos a las siguientes: MORALES (1986); NOGUÉ y VILLANOVA (1999); RODRÍGUEZ y FELIPE (2002); MOGA (2008); LÓPEZ GARCÍA (2008); MARTÍNEZ (2008); y AIXELÁ-CABRÉ (2020a, 2020b).

La vida de nuestro autor en Cabo Juby la llenan mayoritariamente el trabajo y la familia. En 1946 nace su hija Fanny, y con posterioridad lo hace su segundo hijo, Mario. También hay tiempo para la pesca y para conocer el territorio en lo geográfico, en lo humano y en lo cultural. Para acercarnos a la vida de los Rial en aquellos años, nada mejor que acudir a las notas, llenas de nostalgia y de cariño, que reúne Fanny Rial muchos años después y que construye con sus recuerdos de niña. Aquí Fanny refleja que nace «en una casa muy blanca con almenas árabes» y que formaba parte de «un pueblo pequeño de casas todas pintadas de blanco, muy limpio y de pocas familias civiles y militares y un ejército en parte español y en parte moro», y continúa:

Nuestra casa estaba enfrente de la intervención, la oficina en donde trabajaba mi padre, que era funcionario de aduanas. Mi padre sabía hablar árabe y francés, pero era canario. Se llamaba Mario.

[...] Al lado de casa había un cuartel y por las noches había una guardia mora vigilando. Como por las noches hacía mucho frío hacían té, en sus teteras árabes y las chispas encendidas chisporroteaban alrededor de la lumbre. Los guardianes llevaban un surjan, una capa de color azul celeste con capucha, forrado de satén azul, que abrigaba mucho. Yo los observaba desde mi casa y veía la bandera con la media luna y la estrella.

Detrás de la intervención había una plaza empedrada con piedras redondas, con sillones con baldosas azules, sevillanas o árabes y las oficinas, de grandes puertas, de correos. Por las tardes íbamos a pasear a las afueras de la ciudad y veíamos el zoco, mercado, donde vendían todas las especias, que tenían un olor dulce y agradable, que nunca olvidaré.

[...] Había un pequeño aeropuerto con aviones militares y civiles, que iban a la Península y a Canarias. Con ellos llegaba el correo, la prensa y las noticias de la familia que estaba fuera¹⁸.

Desde su memoria feliz de esos años, Fanny habla también del contacto diario con el mar, de los pasatiempos, de los olores, de los días de siroco con arena, en fin, de la aventura que supone vivir en Cabo Juby. Sería muy bueno contar con un texto de similar naturaleza al anterior, en el que el propio Mario nos describiera los años africanos, tal y como hace su hija. Lamentablemente no disponemos de una fuente en este sentido, pero creo que no es del todo imposible acercarse a la realidad a través del espejo que constituyen sus relatos. Ellos nos lo muestran buscando el misterio que se esconde más allá de la superficie de las cosas que lo rodean: el misterio de la inmensidad del desierto, el del negro infinito de la noche, las mil aristas en que se manifiesta el milagro de la vida y, en especial, las claves que gobiernan la condición humana. De igual forma, también reflejan sus escritos que cada día constituye para él un ejercicio permanente de los sentidos, para acopiar los múltiples juegos de la luz y los colores, para registrar dentro de sí los olores y los sonidos, y para convivir con la voluble naturaleza del viento y de la arena. El proceso, como es de esperar, no queda limitado a la búsqueda de las respuestas de lo que se tiene alrededor, sino que también implica la introspección, el conocimiento de uno mismo. Todo esto conforma un rico cuerpo de práctica vital y de experiencias personales, y no tiene nada de extraño que una buena parte de él la verbalice nuestro autor en sus relatos.

En ellos se retrata a sí mismo y pinta el lugar en el que habita, frente al mar, abrazado por el desierto, pero no se queda ahí. Además de hacer esto, también representa al otro, recoge la vida y la cultura de los otros. En especial, se deja atraer por la literatura oral de la zona en la que vive, advierte todo el saber tradicional del que esta se encuentra empapada y decide darla a conocer, convirtiéndose, seguramente sin pretenderlo, en su valedor y su divulgador. No es el único que contribuye en esta dirección. Cabe recordar aquí que la literatura oral de Marruecos y del Sáhara llama desde fecha temprana la atención de los estudiosos españoles y afortunadamente contamos con numerosas iniciativas para el estudio, la transmisión y la conservación de este legado cultural. A lo largo del siglo XX se producen numerosas publicaciones en este sentido¹⁹ y las revistas,

18 RIAL (2010).

19 Entre otros, véanse GARCÍA (1934); RUEDA y EL HASSÁN (1941); GONZÁLEZ PALENCIA (1946); SÁNCHEZ (1952); DOMENECH (1953); IBN AZZUZ (1954); GIL e IBN AZZUZ (1977); TOPPER (1997);

especialmente *Mauritania* y *África*, también realizan una destacada labor a este respecto. Otro tanto se lleva a cabo en las páginas del semanario *A.O.E.*, donde ven la luz numerosas piezas de la cultura oral de la zona²⁰ y donde la aportación de Mario Rial en este sentido es especialmente relevante.



Figura 4. La familia de Mario Rial en su casa de Cabo Juby. Foto: Fanny Rial.

Para proveer el contexto necesario, es oportuno señalar en este sentido que el *A.O.E.* lo funda el coronel José Bermejo López (1894-1971), en aquellos momentos inaugurales gobernador político-militar de Ifni y Sáhara, que su primer director es el teniente coronel Alfonso Beriso Lardín (†1955) y que nace en el seno del Grupo de Tiradores. El primer número sale el 15 de abril de 1945, se publica a lo largo de veinte años, hasta 1965, con un total de 1245 números²¹, y constituye, sin duda alguna, un proyecto periodístico con una notable trascendencia en el panorama de las publicaciones periódicas españolas en África. Es un medio que se crea con el propósito de garantizar la información a la población de los territorios bajo control español y de asegurar que le lleguen de manera oportuna las principales noticias nacionales e internacionales. Este objetivo se quiere alcanzar a través de un periódico propio que cubriera las necesidades específicas de las zonas administradas, algo que no podía satisfacer del todo la prensa peninsular y canaria, que obviamente llegaba, pero que lo hacía de forma irregular porque no se disponía de una distribución segura y a tiempo. Como es obvio, *A.O.E.* también se entiende como órgano de propaganda del régimen y de la administración colonial, y sus páginas se dedican a mostrar las bondades del franquismo, a ensalzar los privilegios espirituales del catolicismo, a divulgar los beneficios de la acción de España en la zona y a reflejar las actividades de las autoridades y las disposiciones que se toman desde la metrópoli. Esto es de todo punto esperable por la realidad

LÓPEZ GORGÉ (1999); LÓPEZ ENAMORADO (2000); GONZÁLEZ BELTRÁN (2009); ARIS, CLADELLAS y TOBELLA (1991); PINTO y JIMÉNEZ (1997); y AMO (2010).

20 Véase LAARBI (1955); y SABIR (2016), pp. 243-244.

21 El archivo de prensa digital *Jable*, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, tiene accesibles 647 ejemplares. Con anterioridad a este formato de semanario y a partir de 1943, *A.O.E.* sale como revista ilustrada, con especial protagonismo del material gráfico. Se publicaron cuatro números (1943, 1944, 1945 y 1946). Véase ABÁSOLO (1965); STEREO (1964); «Los que hacemos “A.O.E.”» (1964); PÉREZ GARCÍA (2006), pp. 85-86; y SABIR (2016), pp. 91-97.

política del país y por la financiación de la publicación a cargo de fondos públicos, pero de modo afortunado no todo queda reducido a la propaganda y al adoctrinamiento porque también se preocupan por darle al semanario una dimensión local y un color propio, y por eso ven la luz trabajos que tocan, entre otros niveles, la etnografía, la literatura oral y las relaciones sociales de la región. Se trata de colaboraciones de todo punto necesarias para acercar los rasgos físicos y culturales de los territorios a los lectores nacionales y, al mismo tiempo, para despertar el interés de los naturales hacia las tradiciones, la historia y la naturaleza de su tierra. Hoy en día son fuentes imprescindibles para los especialistas.



Figura 5. Cabecera de portada del semanario *A.O.E.*
Fuente: Jable. Archivo de Prensa Digital. ULPGC

Este es el medio en el que ven la luz las publicaciones de Mario Rial, que se inician en el número del 1 de junio de 1947, en el que aparece *Lluvia sobre el Sáhara*, y el 22 de junio siguiente le toca a *Tumba de Titanes*. Luego viene, en el mes de julio siguiente, *Por una peseta*. Despues se publican *Muladám (La madre de los huesos)*, que sale en los números del 10 y 17 de agosto, *Entre brumas y El fortín de Janifís*, que lo hacen en los del 7 de septiembre y 5 de octubre, y finalmente *Una noche en las dunas*, en los números del 9 y del 16 de noviembre y que es el último trabajo que publica en *A.O.E.*, de acuerdo con los ejemplares a que hemos tenido acceso.

LOS ÚLTIMOS AÑOS EN CABO JUBY. EL REGRESO

Durante parte de su etapa africana, entre los años 1949 y 1952, Mario Rial y su familia acogen a su sobrino Alberto Vázquez-Figueroa. Tras la temprana muerte de su madre, su hogar será el de su tío en Cabo Juby, a donde llega con trece años y donde pasa su adolescencia²². La influencia de esta estancia va a ser crucial en el escritor tenerfeño. La desnuda naturaleza del Sáhara deja una notable impronta en él y nunca va a dejar de pensar «en la cárcel que no tiene puertas, en la llanura que no conoce límites, en el mundo amplio y fascinante que nunca hubiese querido abandonar»²³, tal y como escribe al final de su primera novela, *Arena y viento*, que no es más que una rememoración literaria de estos años de Cabo Juby, «ese punto en que el Sáhara muere en el mar, donde el asfixiante viento del desierto está contenido y dulcificado por la fresca brisa del océano»²⁴.

Un hecho que debe subrayarse es el especial protagonismo que tiene Mario en la naturaleza de las lecturas del joven Alberto y en la formación de sus gustos literarios. Le proporciona libros para leer, sobre todo novelas de aventuras de escritores como Joseph Conrad, Herman Melville y Julio Verne, que tuvieron mucho que ver en que este fuera su género favorito. También los escritos de Mario influyen en la labor literaria posterior de Alberto. Cuando este llega a Cabo Juby, en 1949, las colaboraciones de su tío en *A. O. E.* ya hace tiempo que se han producido, pero vemos que algunas de las relaciones orales que en ellas se integran también van a cobrar vida en *Arena*

22 VÁZQUEZ-FIGUEROA (1993), pp. 10-11, 15.

23 VÁZQUEZ-FIGUEROA (1993), p. 191

24 VÁZQUEZ-FIGUEROA (1993), p. 11.

y viento. Así, podemos observar que aquí se utiliza narrativamente la historia del fortín de Janifís, pero se hace de manera diferente a la de nuestro autor, como se ve en el hecho, entre otros, de que se habla de la presencia de Glas en la zona y se hace que el defensor de la torre sea un noble canario²⁵. Otro tanto sucede con la historia de las desavenencias entre la tribu de los Rguibat y la de los Delimis, que Mario incluye en *Una noche en las dunas*, pero en *Arena y viento* este recurso temático se maneja de otro modo²⁶. De igual forma, también vemos que la historia legendaria que Mario recrea en *Muladám (La madre de los huesos)* la menciona Vázquez-Figueroa en la sección final de *Arena y viento*, donde se refiere a «la gran duna del “Muladán”, “la madre de los huesos”, bajo la que descansan los restos de diez mil guerreros», pero no la desarrolla narrativamente porque, según reconoce, es una de las múltiples historias y sucesos del universo que llega a conocer y que no han tomado cuerpo en su novela²⁷. Como podemos ver, ambos autores beben de los mismos materiales tradicionales y los recrean de modo personal.



Figura 6. Alberto Vázquez-Figueroa y su tía Fanny en Cabo Juby. Foto: Fanny Rial.

Luego, en 1952, los Rial cierran su etapa de Cabo Juby, donde han estado seis años²⁸, y se trasladan a Tenerife donde la familia crece con la llegada de tres hijos más: José Manuel, Margarita y Elena, y donde Mario va a desempeñar distintos puestos oficiales, primero en la Delegación del Ministerio de Hacienda en Santa Cruz de Tenerife²⁹ y, más tarde, como secretario de la Jefatura Provincial de Turismo. Seguirá escribiendo y va a colaborar mensualmente con la sección «Carta de Canarias» en el periódico caraqueño *El Universal*, en el que trabajaba su hermano José Antonio Rial. En 1981 recibe el nombramiento de *Amable del Turismo*, que le otorga el CIT. No se trata de un galardón de cortesía, sino que muestra la buena ejecutoria del premiado en su puesto de la Jefatura Provincial de Turismo. Que es una persona querida y valorada nos lo muestra también el hecho de que la Asociación de vecinos Tajora del barrio de Salamanca, tras el fallecimiento de nuestro escritor y por acuerdo asambleario, propone en su

25 VÁZQUEZ-FIGUEROA (1993), pp. 13-14.

26 VÁZQUEZ-FIGUEROA (1993), pp. 167-169.

27 VÁZQUEZ-FIGUEROA (1993), p. 190.

28 RIAL (2010).

29 Su nombramiento oficial para este puesto tiene fecha de 11 de octubre de 1958 y se publica en el BOE n.º 228, del 22 de septiembre de 1964, p. 12459.

momento que se le dé su nombre al parque que se iba a construir en la actual calle del Perdón y que con el tiempo recibiría el de Secundino Delgado³⁰.

LOS RELATOS DEL ÁFRICA CERCANA

Ya hemos tenido ocasión de reflejar las circunstancias en las que se producen las contribuciones de Mario Rial en el semanario *A.O.E.* y procede ahora examinarlas con algo de detalle, profundizando en el análisis de sus rasgos formales y de contenido y, sobre todo, en la consideración de la diversidad de estructura que presentan, de la pluralidad de temas que ofrecen y del excelente aprovechamiento que se lleva a cabo de la tradición oral de la región.

En relación con los temas, podemos ver que la mala fortuna y el destino adverso impregnán *Tumba de Titanes* y *Entre brumas*, aunque con un desenlace diferente en ambas narraciones. En el primer caso es plena la desgracia del viajero que comete la imprudencia de cruzar la salina; en el segundo, las amarguras y las dificultades que el protagonista tiene que sufrir terminan con su llegada a casa, donde encuentra a su esposa muerta, pero donde siente el consuelo de abrazar a su hija. La guerra y la sangre llenan *Muladám* y *El fortín de Janifís*, y en este último relato aparece también la venganza, al igual que en *Una noche en las dunas*. Junto a esto, también se observa que, en lo que a los temas se refiere, no todos los trabajos van en la misma dirección y vemos que nuestro autor muestra distintos recursos y registros. En *Lluvia sobre el Sáhara* y en *Por una peseta* se aleja del terreno de los conflictos legendarios y de las desgracias personales mitificadas por la generosa imaginación de los saharauis. Aquí su interés está en retratar la vida, y lo hace con una clara comicidad en el primer caso y con una técnica descriptiva y fotográfica en el segundo.

En cuanto a la estructura que presentan los relatos, vemos que también se dan distintas posibilidades. En *Tumba de Titanes* se ensaya un esquema constructivo al que Rial volverá en otros trabajos y que consiste en comenzar con la descripción de un enclave cercano, conocido o destacado, y esto lleva al relato de la historia o leyenda vinculada al lugar y que el yo narrativo recibe de labios de un informante. En este caso la relación oral procede de un guayete que acompaña a los expedicionarios en su excursión a la *sebja* Tisfurín. Las *sebjas* son construcciones geológicas típicas del Sáhara, se trata de depresiones bruscas del terreno que ocupan una gran extensión, presentan paredes verticales y un fondo plano constituido por materiales arcillosos recubiertos en algunos trozos por agua salina concentrada³¹. La *sebja* Tisfurín, todo un espectáculo de la naturaleza, es una depresión de aproximadamente seis kilómetros de longitud por tres de anchura y cincuenta metros de profundidad, con paredes formadas por acantilados enormes. En el fondo, la extensa alfombra de sal se presenta como una pista de plata orlada por pasto verde en las márgenes y el escritor subraya la belleza sobrecogedora del lugar, pero también su soledad, su carencia de vida. Esta percepción de muerte la viene a confirmar el relato que hace el guayete a los despreocupados viajeros a los que acompaña, una narración con la que quiere prevenirlos de los peligros de la salina y que desvela, más aún, la otra cara del lugar, la de tumba de los incautos.

Cercanos en construcción al relato anterior se encuentran *Muladám* y *El fortín de Janifís*, en los que asoma el tema de la presencia extranjera en la costa de Berbería y de los conflictos que se producen entre los invasores y los naturales. En el primer caso los hechos relatados tienen lugar en Cabo Juby. Un agradable paseo por la playa lleva al narrador a las inmediaciones del *Kairouan*, un carguero francés embarrancado en el lugar en la madrugada del sábado 3 de noviembre de 1934³², una referencia que está muy lejos de ser narrativamente gratuita, sino que constituye un elemento significativo.

30 Recuperado de <https://esopiniones.com/canary/parque-secundino-delgado-634547>.

31 MULERO (1945), pp. 19, 425; y GUINEA (1945b), pp. 21-22.

32 Construido en 1923 y con matrícula de La Rochela, el *Kairouan* se dedicaba al transporte de mercancías entre la costa de África y Francia. En esta ocasión, cuando se dirigía desde Ceuta a América y en medio de un gran temporal, se acerca a la costa y termina embarrancado a dos millas al norte de Cabo Juby. El mal tiempo hace imposible en los primeros momentos el auxilio de otras naves. Dos buques canarios, el *Fuerteventura* y *La Palma*, tratan de liberar el barco atrapado, pero lo impiden los daños que tiene en el casco y la posición final en que termina. El buque es abandonado finalmente y son llevados a Las Palmas los oficiales, el maquinista y los veinte tripulantes.



Figura 7. El *Kairouan* encallado en la playa al norte de Cabo Juby
 Fuente: E. Guinea López (1945a), p. 32.

Los restos del *Kairouan*, que en el relato se nos presentan como un «gigantesco esqueleto mohoso», son un claro símbolo de destrucción, de tumba, y es la puerta tangible que nos lleva a otra tumba: la lomita o meseta formada con los restos de los portugueses muertos en la contienda con los del país y que estos denominaron en su momento *Muladám*, es decir, *La madre de los huesos*. Volvemos a ver aquí el mismo ensamblaje del material narrativo que se muestra en *Tumba de Titanes*, esto es, la realidad del presente se engarza con la leyenda del pasado, en este caso introducida por Hameti, una persona del entorno del autor. En *Muladám* todo comienza con el desembarco de fuerzas extranjeras, probablemente portuguesas tal y como apunta Hameti sin mucha convicción, dispuestas a llevarse un buen botín. El joven que comanda las tropas invasoras rapta a una mocita mora que iba a ser casada con un anciano *chej*, la jovencita muy pronto muestra sus sentimientos por su raptor y el padre de ella, también *chej*, tiene poderosas razones para recuperarla: impedir que se la lleven y neutralizar el deseo de dejarse llevar que ha visto en su hija. En el inevitable y cruento enfrentamiento entre los invasores y los del lugar se producen muchas pérdidas de vidas, entre ellas la de la joven mora, apuñalada, sin saberlo, por su propio padre.

Como ya se ha mencionado, en *El fortín del Janifís* volvemos a ver el modelo constructivo y temático que se da en los trabajos comentados, con la singularidad de que aquí no se especifica el informante del relato legendario sobre el que nuestro escritor construye su narración, pero está claro que la transmisión oral se produce en algún punto. En este caso, todo se focaliza en la torre que existe en las inmediaciones de Puerto Cansado, al noreste de Cabo Juby, donde asoma «apenas la desdentada corona de sus almenas, roídas por el tiempo», y que no son otra cosa que las ruinas del torreón de Santa Cruz de la Mar Pequeña, un asentamiento castellano construido por Diego García de Herrena en 1478, destruido y reconstruido en varias ocasiones. Este punto se encuentra en el parque nacional Khenifiss, al suroeste de la población de Ajfenir, en la actual provincia marroquí de Tarfaya. Los restos de la torre, que reciben el nombre local de *Agouitir* o *Agwitir*, se encuentran en la orilla oriental de la laguna de Naila, que en los siglos xv y xvi se conocía como Mar Pequeña³³. En esta narración volvemos a ver que el relato legendario arranca de la presencia de las potencias occidentales en la costa de Berbería y de las continuas iniciativas de la monarquía marroquí por neutralizar y eliminar esta presencia. Al final, vemos que la

El expediente para aprovechar los restos de chatarra de la embarcación se inicia en Sidi Ifni a finales de abril de 1956. Véase «Un vapor francés ha encallado en la costa de Cabo Juby» y «Llegan a Las Palmas los tripulantes del vapor francés “Kairouan”, encallado frente a Cabo Juby» (1934).

33 Entre la amplia bibliografía al respecto véase CÉNIVAL y LA CHAPELLE (1935); PASCON (1963); MONOD (1976); RUMEU (1991); GAMBÍN (2012); PÉREZ y GARRIDO (2015); y BLANCO (2018).

violencia y la sangre no traen buenos resultados y que el fuego, que sirve para rendir la torre, también acaba con los instigadores del ataque.

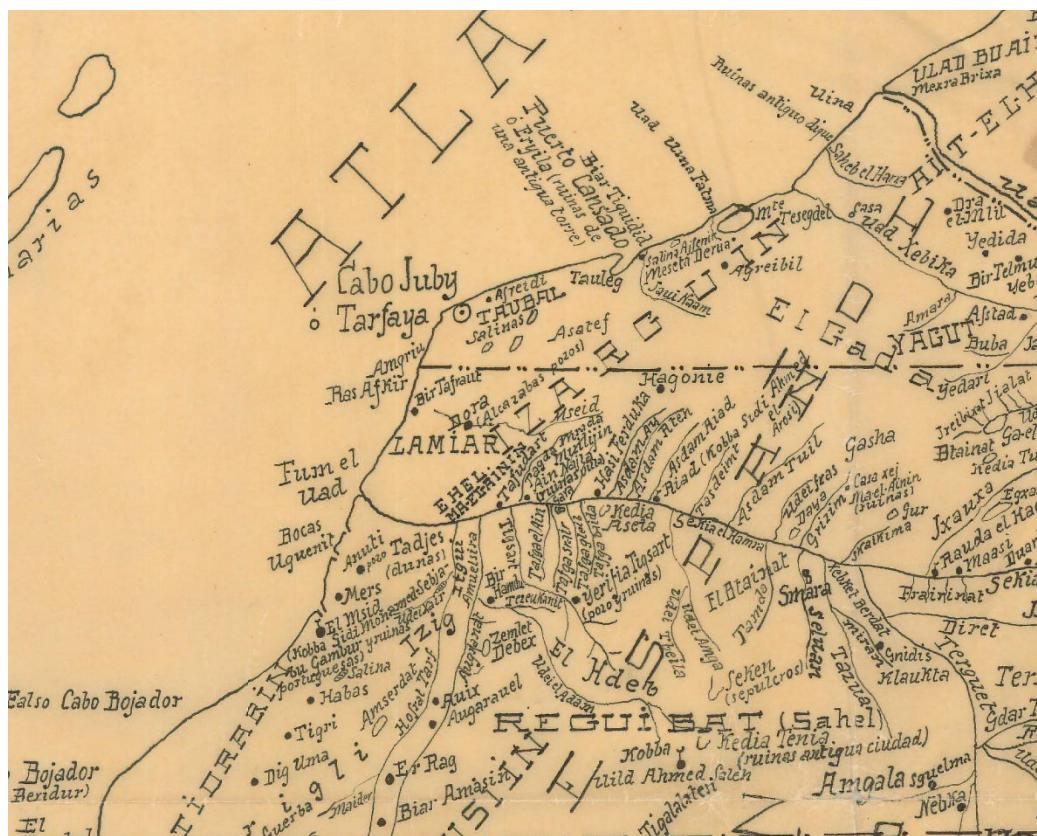


Figura 8. Croquis n.º 2 *Sáhara español, Ifni y sus regiones inmediatas*, 1930 (detalle).

Fuente: Biblioteca Nacional de España.

En *Una noche en las dunas* lo legendario se hace presente y el pasado se muestra inquietante, trágicamente cercano. El telón de fondo lo forman las habituales desavenencias y conflictos entre las tribus. Conviene recordar que el saharaui, que muestra en todo momento un manifiesto individualismo, siempre está adscrito a una tribu de origen. De esta suerte, si uno de los miembros de la tribu es objeto de alguna injuria, mala acción, robo o asesinato, todos los demás se sienten ofendidos y necesitan obtener la reparación correspondiente³⁴. En este caso, en el relato de Rial asistimos al enfrentamiento entre una familia de los Rguibat³⁵ y a otra de los Delimis³⁶, ambas llenas de «rencores inveterados por una inextinguible deuda de sangre» y ambas convencidas de que «solo la sangre podía pagar la sangre». En este contexto de venganza ciega y fanática, los Rguibat caen sobre una jaima aislada de Delimis, atan a la viuda que la habita y se llevan a su hijo. La madre consigue oír algunas palabras inconexas en los asaltantes, que la llevan a pensar que su intención es enterrar vivo al niño. Esto la llena de desesperación y, una vez que consigue librarse de las ataduras, busca a su hijo sin descanso entre la arena de las dunas. Ella no sabe que la decisión de los Rguibat es menos cruel de lo imaginado y que no le quitan la vida al niño, pero termina completamente loca, envejecida de forma prematura por el dolor y el sufrimiento.

En *Entre brumas* se opera un cambio en el modelo constructivo, porque no se presenta una contextualización inicial, sino que desde la primera línea ya estamos dentro de un relato que nos lleva de lleno a las dificultades de la vida en el desierto. Aquí se dibujan la dureza y el tesón del hombre del Sáhara, su capacidad para vencer las dificultades y las carencias, al igual que la fortaleza del amor que llega a prevalecer sobre la muerte.

34 GUARNER y GUARNER (1931), pp. 79-80; MULERO (1945), p. 97.

35 DOMENECH (1949), pp. 123-143; y MULERO (1945), pp. 86-87, 93-94.

36 DOMENECH (1949), pp. 154-155; y MULERO (1945), pp. 88, 94.

Rial intenta una fórmula diferente en *Por una peseta* y nos ofrece un relato delicioso, escrito de modo magnífico, y que se aleja de la atmósfera netamente seria y de los personajes acartonados de las historias legendarias que ya se han señalado. Aquí nos muestra un tratamiento desde la cercanía, desde la vida conocida y compartida, además de desde el humor, que en este caso constituye un recurso manejado de manera espléndida y proporcionada. La pintura que aquí se hace del pequeño Muludi y de sus curiosas desventuras muestra la frescura y la credibilidad de lo auténtico, despierta inevitablemente en el lector la empatía hacia él y, al mismo tiempo, propicia un mejor conocimiento de la comunidad colonial en la que vive el niño negro.

SOBRE LOS NIVELES DEL ESTILO Y DE LA LENGUA

La lengua de Mario Rial en estas colaboraciones también es particularmente destacable. Estamos ante una lengua moderna y ajustada, en la que se busca siempre la precisión, y se huye en todo momento del agobio expresivo y de la pirotecnia verbal fácil. No tenemos más que ver el acertado y ajustado uso que se hace del adjetivo, un elemento que, como se sabe, tiene la capacidad de expresar forma, cromatismo, substancia, sonido y sentimiento, entre otros aspectos. El adjetivo le sirve a nuestro autor para presentar de modo preciso y efectivo la localización, para transmitir los colores, los olores y los sonidos de cada instante, para caracterizar física y espiritualmente a las personas reales o ficticias que habitan sus creaciones, como se puede ver en estas líneas de *El fortín de Janifís, Una noche en las dunas y Lluvia sobre el Sáhara*:

Silenciosos, cabizbajos, salieron los sometidos y la puerta del torreón volvió a cerrarse. Poco después aparecía entre las almenas la altiva figura del jefe extranjero, estrechando a su esposa y a sus hijos. Y por primera vez fue visto por los cabilenos. Era un hombre robusto, casi un héracles y su cuerpo, de majestuoso porte, estaba revestido de una malla acerada, que, herida por los rayos del sol del Sáhara, brillaba con metálico fulgor.

Hace años, aprovechando que un automóvil iba al Aiún y debía regresar el mismo día, deseoso de conocer y comprobar las perfecciones que del original pobladito cuentan, ya que aseguran que surge, entre la tierra caliente del Sáhara, como una nidad más de gigantescos huevos de ciclópeos avestruces, me aventuré a cruzar, lo más raudo posible, el camino de polvo y fuego que separa el dorado y azul Cabo Juby del rojo y blanco Aiún.

Al sordo choque del agua sobre el suelo, las hojas, enrosquilladas ya, del maíz parecieron distenderse, como la oreja verde de un raro animal; las margaritas silvestres abrieron sus amarillas pestañas lacias, como una joven sorprendida en su letargo: el horaño cardón, de brazos nervudos y erizados de espinas, se desperezó, entreabriendo sus enormes tentáculos de pulpo fósil, para recibir el agua hasta en sus más hundidas raíces.

Junto a esto, otro de los rasgos interesantes de la lengua de Mario Rial en estos trabajos es la presencia de términos procedentes de la realidad lingüística del territorio de Cabo Juby, que sirven, sin duda alguna, para aportar una mayor frescura y cercanía. Este es el caso de *barracar* ‘sentarse el camello, bien para descansar, bien para disponer la carga en ellos o para montarlos’ y que es la adaptación españolizada de la voz del *hassanía* con el mismo valor³⁷. De igual modo, la indumentaria tradicional se refleja en las formas *derrah* y *sulhan*. La primera es la denominación de una túnica o prenda ancha, de una sola pieza, sin mangas, que llega hasta los tobillos, con dos grandes aperturas en los lados y bolsillo a la altura del pecho. Normalmente, suele ser de color blanco o azul, y en algunas circunstancias, el saharaui puede ponerse dos a la

³⁷ Registros en *Tumba de Titanes* y en *Entre brumas*. Véanse, también, GUINEA (1945a), pp. 163, 195; MULERO (1945), pp. 209, 218; GUARNER y GUARNER (1931), p. 121; DALMASES (2012-2013), pp. 358, 510; y SABIR (2016), p. 247.

vez, uno blanco y otro azul³⁸. En cuanto a *sulhan*, se aplica a un tipo de capa de lana fina, en muchos casos con capucha, y que normalmente utilizan los hombres, aunque esto no quiere decir que sea una prenda exclusivamente masculina³⁹.

Nuestro escritor se sirve también de las voces *grara* y *tarfa*. La primera se aplica en el Sáhara al lugar o terreno de suelo deprimido y generalmente arcilloso que, por tener una cierta humedad estacional y por estar desprovisto de arena, ofrece condiciones para que crezca vegetación aprovechable para pasto y permite la siembra de cebada⁴⁰. La segunda forma, *tarfa*, es la denominación del vegetal *Tamarix gallica*, que en Canarias conocemos tradicionalmente como *tarajal*⁴¹. Otro de los términos es *guayete*, ‘niño, muchacho’⁴², que nos resulta particularmente cercano porque también ha arraigado en el español de Canarias, especialmente en las hablas de las islas orientales, como resultado del contacto intenso con la costa africana cercana.

De igual modo, también utiliza las formas *jesama* ‘rienda’⁴³, *gumía* ‘cuchillo de punta curva’⁴⁴, *tebib* ‘médico’⁴⁵, *flus* ‘moneda, dinero’⁴⁶, *asargui* ‘saharaui de la tribu de los Izarguien’⁴⁷, y *sarani* ‘cristiano; europeo, extranjero’⁴⁸, que es el resultado de la adaptación de *nazarani*, *nassarani*, *nasrani*, un término de amplia dispersión en los países islámicos. También es el caso de una voz que nos resulta familiar por la versión españolizada *jeque*. Se trata de *chej* ‘anciano, jefe de la tribu o de la localidad’ y en los textos de Rial aparece también la forma plural *chiuj*⁴⁹. Como es de esperar, *jaima* es una voz omnipresente en los escritos que analizamos⁵⁰ y ya

38 «Luego se puso en pie y sujetándose los faldones de su *derrah*, especie de camisón sin costuras a los lados, es decir, la prenda de confección más simple que pueda imaginarse, se quedó plantado, esperando; Huyó de los granos gruesos que se le venían encima y partió, como una flecha hacia el zoco, flameándole detrás los faldones del *derrah*, que al levantarse con el viento, dejaban ver algo más arriba de sus muslos tostados», *Por una peseta*. Véanse MULERO (1945), pp. 110-111; DOMINGO (1994-1995), p. 86; y SABIR (2016), pp. 484, 494.

39 Registros en *Una noche en las dunas*. Véase DOMINGO (1994-1995), p. 107; y SABIR (2016), pp. 512, 513.

40 «Y al entrar en una *grara*, que a distancia se adivinaba por sus aromas acres y la humedad que como un vaho se elevaba del suelo, con un gesto atávico, profundamente femenino, la figurilla tomó un ramillete de minúsculas florecillas y las dejó caer, como menuda lluvia, sobre sí», *Entre brumas*. Véase GUINEA (1945a), pp. 22, 49, 57, 59, 60, 67, 69, 70, 143-144, y (1945b), pp. 77-84; MULERO (1945), pp. 17, 423; y SABIR (2016), p. 498.

41 Registros en *El fortín de Janifís* y en *Lluvia sobre el Sáhara*. Véase GUINEA (1945a), pp. 36, 60, 106, 214, 222, 233, 237; HERNÁNDEZ-PACHECO, HERNÁNDEZ-PACHECO, ALÍA, VIDAL y GUINEA (1949), pp. 765-766; MULERO (1945), p. 312; GUINEA (1945b), pp. 61-63; GUARNER y GUARNER (1931), p. 131; y SABIR (2016), p. 515.

42 Registros en *Tumba de Titanes* y *Por una peseta*. DALMASES (2012-2013), pp. 221, 519, 520, 749; DBC, s.v.; y MORERA (2021), pp. 3, 16, 17, 22.

43 Un registro en *Entre brumas*. Véase MULERO (1945), pp. 187, 209, 210, 348, 398, 421, gráfico núm. VIII; GUARNER y GUARNER (1931), p. 121; DOMINGO (1994-1995), p. 96; y SABIR (2016), p. 502.

44 Registros en *Muladám*. Véase MULERO (1945), gráfico núm. X; GUINEA (1945a), p. 123; DOMINGO (1994-1995), p. 92; y SABIR (2016).

45 «El propio soldado fue quien le tomó en brazos y con todo cuidado, aunque corriendo, siguió al joven en quien enseguida habían descubierto al *tebid*, al médico», *Por una peseta*. DOMINGO (1994-1995), p. 109; MULERO (1945), pp. 127, 404; y SABIR (2016), p. 516.

46 DOMINGO (1994-1995), p. 89; MORERA (2021), pp. 15, 19; SABIR (2016), p. 496; y DLE, s.v. *felús*.

47 «Primero la noticia de la enfermedad de ella, su mujer, que trajo un *asargui* que había pasado junto a su *jaima*», *Entre brumas*. MULERO (1945), pp. 88, 94.

48 «El *sarani* sacó una peseta y se la enseñó. Pero Muludi, habituado a las trampas y engaños de que se hacía víctima a los chicuelos, no *picó*, es decir, no hizo lo que era de esperar [...]. Pero si bien no reaccionó como esperaba el donante, las cejas al menos se distendieron y en los ojos, de córnea amarillenta y casi redondos, apareció una chispa de codicia, que no pasó desapercibida al *sarani*», *Por una peseta*. Véase SABIR (2016), pp. 509, 512.

49 Varios registros de *chej* y de *chiuj* vienen en *Muladám*. Véase DOMINGO (1994-1995), pp. 90, 96; y SABIR (2016), p. 492.

50 Varios registros en *Tumba de Titanes* y *Muladám*. Véase MULERO (1945), p. 429; DOMINGO (1994-1995), p. 95; SABIR (2016), p. 501; y DLE, s.v.

muy extendida en español, al igual que las unidades *cabila* ‘tribu, población local’⁵¹, *chilaba* ‘pieza de vestir con capucha’⁵², *sultán* ‘rey, emperador’⁵³ y *zoco* ‘mercado’⁵⁴.

Las voces del habla insular también aparecen en la lengua de Rial, como es el caso del término *cardón*, que vemos en *Lluvia sobre el Sáhara*: «el horaño cardón, de brazos nervudos y erizados de espinas, se desperezó, entreabriendo sus enormes tentáculos de pulpo fósil, para recibir el agua hasta en sus más hundidas raíces». Se trata del *daghmús* o *dajmús*, científicamente conocido como *Euphorbia officinarum*, magníficamente dibujado aquí por nuestro escritor y que no tiene el porte que posee la *Euphorbia canariensis* o cardón canario⁵⁵. A ello se une la forma *pipa* ‘parte dura y compacta del interior de algunas frutas y que contiene la semilla’, que se emplea en *Por una peseta*: «[...] los bordes de su lengua se estremecían al imaginar el instante en que, separados hueso y carne con un hábil mordisco, le quedaría la pulpa en la boca mientras con un impulso silbante de lengua y labios saldría despojada la pipa».



Figura 9. Mario Rial. Foto: Fanny Rial

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como se puede ver, el paso de Mario Rial por Cabo Juby se traslada de manera poderosa a sus impresiones, a sus vivencias y a su creatividad. El escenario sin memoria del desierto lo influye profundamente y él nos lo presenta en sus escritos desde ángulos y aristas diversos: en unos casos es la tierra de la fantasía y del ensueño, de la belleza y de la emoción, en otros lo vemos como el reino de la soledad y de la desnudez, y en otros es el dominio que, a un tiempo, libera al hombre y lo reta una y otra vez. Vemos también que está particularmente atento a las tradiciones de la

51 Un registro en *Una noche en las dunas*. Véase DOMINGO (1994-1995), pp. 82, 83; MORERA (2021), p. 18; SABIR (2016), pp. 494, 503; y *DLE*, s.v.

52 «La V invertida de la boca de nuestra tienda daba una puñalada al cielo y en este trozo de negro azul guíaban estrellas, mientras abajo se recortaba, sobre la luz rojiza de las brasas, la figura del *guayete*, engurruñado entre los mil parches de su deshilachada chilaba», *Tumba de Titanes*. Véase DOMINGO (1994-1995), p. 84; SABIR (2016), p. 521; y *DLE*, s.v.

53 Varios registros en *El fortín de Janifís*. Véase DOMINGO (1994-1995), p. 107; y *DLE*, s.v.

54 Varios registros de esta voz vienen en *Por una peseta*. Véase DOMINGO (1994-1995), p. 111.

55 Véase GUINEA (1945a), pp. 70, 85, 150, 217, 218, 226, 233, y (1945b), pp. 107, 145; HERNÁNDEZ-PACHECO y otros (1949), pp. 759-760; GUARNER y GUARNER (1931), p. 134.

zona, en especial, a la literatura oral, en la que pervive, a través de la memoria, toda una herencia cultural que pertenece a la colectividad que los guarda y que está llena de sabiduría, de costumbres y normas ancestrales, de mitos y supersticiones, de acciones heroicas, de otras que no son tales, y, sobre todo, de fantasía. A nuestro autor, además, no se le oculta la capacidad que tienen los cuentos populares para divertir, para emocionar y para educar. Por todo ello aprovecha estos materiales en sus trabajos, consiguiendo con ello no solo transmitirlos con buen oficio literario sino también prolongar su vida, una iniciativa que es de valorar sobre todo en unos tiempos nada favorables a la tradición oral y al uso antiguo de narrar y escuchar.

APÉNDICE

Los apartados que preceden nos acercan a la vida y a la obra de Mario Rial, pero creo que lo más acertado es concederles todo el protagonismo a sus trabajos. Los muchos años transcurridos desde su publicación, el hecho de que aparecieran en un semanario poco conocido y del que han sobrevivido contados ejemplares, una buena parte de ellos en colecciones privadas, y sobre todo la más que apreciable y valiosa aportación que nuestro autor hace en ellos, justifican y aconsejan una nueva edición de estas creaciones. Eso es lo que hacemos a continuación, ateniéndonos a dos criterios generales: reproducir de modo respetuoso los originales y seguir las normas actuales del español.

Mínimos cambios se introducen en las voces toponímicas, en las que nos decantamos por la variante más universalizada en el uso, como sucede con *Tarfaya* y con *Sáhara*. En este sentido cabe recordar que, aunque en la actualidad la forma *Sáhara* se ha hecho prácticamente general, en los años cuarenta coexistían *Sáhara* y *Sahara*. Los científicos de la época suelen utilizar la primera⁵⁶, pero otros se decantan por la segunda⁵⁷, como es el caso de Mario Rial. De hecho, en aquellos años se produce un debate en torno a tres posibilidades: *Sahara*, *Sáhara* y *Sahra*. También vemos que nuestro escritor se sirve de *Tarfaya*, al igual que otros autores del momento⁵⁸, pero optamos por *Tarfaya*, que es la forma generalizada en la actualidad.

* * *

TUMBA DE TITANES

Llegamos a Tisfurín. Descargamos la tienda sobre el suelo polvoriento. El camello, que había barracado sobre lo más blando de él, gemía, porque una piedra le apuñalaba el costado, hundiéndose entre su pelo corto, negro de alquitrán, que le daba un aspecto repulsivo de bestia a medio chamuscar. Dos o tres veces intentó alzarse con un clamor que sobrecogía y dos o tres veces hubo que caer sobre él y forcejear hasta tenderlo. Por fin quedó quieto, sumiso, aunque gruñón, no conformándose con verse doblegado.

Limpiamos un campo de piedras, de esas losas blancas, dentelladas, que el viento lame y redondea y el frío nocturno, entrando como una cuña en su masa, quiebra en mil formas que hieren las manos. Sobre el estrecho rectángulo, en el que la tierra roja aflorada ponía tonos de carne viva, elevamos la tienda luchando con el viento que llenaba la tela como una vela, prolongando todo en su ímpetu y cabalgando sobre nuestros hombros como un jinete loco.

Caía la tarde. Las nubes se perseguían rodando sobre el cielo y al pasar sobre Tisfurín parecía que daban un salto inmenso, para caer allá, sobre el acantilado frontero, desgarrando sus vientres blanduchos en las cortantes aristas de las cornisas.

El sol, herido, salpicaba el ocaso de grana encendida que bañaba la tierra y el cielo, mientras las rocas de Tisfurín, de relumbrante blancor, se tornaban rosadas como el nácar de una madreperla.

56 GUINEA (1945a, 1945b); y HERNÁNDEZ-PACHECHO y otros (1949).

57 MULERO (1945); y DOMENECH (1949).

58 DOMENECH (1949).

Después de instalarnos nos alejamos para buscar la caza. Mirando hacia atrás, en la media luz que había sucedido al crepúsculo, como si la naturaleza hubiese agotado todos sus tonos en él, el paisaje tenebroso, sucio, era de una infinita desolación y la tienda alzada en mitad del campo daba la sensación de un desamparo absoluto.

Antes de bajar a la inmensa fosa nos sorprendió la noche y por no perdernos, desandamos buscando el engañoso cobijo de las lonas.

Un poco desorientados, huyendo del acantilado, cambiamos la dirección, hasta que un punto de luz, escapado de las brasas, sobre las que el *guayete* soplaba, nos guio, como una diminuta estrella.

Una manta fue nuestro lecho y bajo ella, las menudas piedras que habíamos desdeñado arrancar se dejaban sentir sobre nuestros cuerpos, espantando el sueño que, como una abeja deseosa de libar, se acercaba y huía de nuestros ojos, volando suavemente.

La V invertida de la boca de nuestra tienda daba una puñalada al cielo y en este trozo de negro azul guiñaban estrellas, mientras abajo se recortaba, sobre la luz rojiza de las brasas, la figura del *guayete*, engurruñado entre los mil parches de su deshilachada chilaba.

Un como sollozo se elevó de una distante hondonada y como en respuesta sarcástica, la risa temblona de una hiena vibró con su espeluznante desgranar. En todo lo demás solo reinaba un silencio deprimente, como si la naturaleza contuviese la respiración. Solo, de vez en cuando, un soplo tenue avivaba la semiapagada fogata, que lanzaba al espacio un chorro de chispas crepitantes.

Al amanecer, en esa hora en que apenas está rota la oscuridad de la noche por una línea tenue, que sin ser luz resalta sobre las tinieblas nocturnas, salimos al campo, con la escopeta presta, escudriñando en todos los recovecos, tensos los nervios, deseosos de disparar. Mas, al llegar al borde del acantilado, cuando los ojos que buscaban la caza, rebasando el precipicio hundieron su mirada en la fosa de Tisfurín, nos detuvimos sobrecogidos por su belleza y acaso de supersticioso temor. Ante nosotros, a nuestros pies, se abría una falla inmensa. Sus paredes blancas, humedecidas por las brisas nocturnas, tenían el brillo mortecino de las tumbas a la luz de la luna. El acantilado, colgado sobre la salina, parecía necesitar del respetuoso silencio que lo envolvía todo para mantenerse en pie, mientras en la orilla las rocas desprendidas, amontonadas caprichosamente, figuraban ruinas ciclópeas.

Todo un inmenso lago salino, orillado por un cinturón de rocas blancas, de altura imponente, salía de entre las brumas del amanecer. Y ni una mata, ni una flor, ni un pájaro ponían una nota vibrante en toda su muerta extensión.

Por un senderillo apenas labrado en la roca, bajamos al fondo de la fosa y siguiendo los pasos que sobre la arena blanda de la orilla nos marcaban la ruta, fuimos bordeando la salina. Sobre una peña un pájaro negro, de graznido lúgubre, abatió su vuelo y una bala fue a tronchar su vida, la única que habíamos vislumbrado en aquella desértica desolación. El eco, ese habitante de lo deshabitado, repitió una y otra vez el disparo hasta perderse en la lejanía, mientras unas gotas rojas ponían su marca indeleble en el albo precipicio.

El sol que ya se asomaba sobre la cornisa de rocas, hizo brillar la salina con el engañoso espejear de agua, pero el reflejo era tan intenso, tan metálico, como si en el centro de aquel fingido lago se fundiese oro.

Fiados en la aparente firmeza del suelo nos adentramos, buscando cuarzos, siguiendo unas huellas borrosas que se internaban. Pero, no sé si el silencio expectante que lo envolvía todo o esa sensibilidad que nos advierte de lo que no podemos ver, el presentimiento que nos detiene sin saber por qué, nos contuvo. Y mientras permanecíamos indecisos cerca del acantilado vimos que un peñasco, lanzado ante nosotros, era engullido, después de un leve temblor de las arenas, sin dejar rastro. Apresuradamente regresamos mirando hacia atrás, mientras nuestras huellas se llenaban poco a poco de agua y en torno se abría un amplio círculo gelatinoso.

El *guayete* había corrido desde el campamento siguiendo la orilla y ahora nos llamaba con angustia desde lo alto. Su débil voz había tardado en hacerse oír, pero al fin, levantando la cabeza, le vimos gesticular. Sus expresivas señales casi nos arrastraban por sí solas a la orilla; tal era la fuerza de su mimética desesperada. Al vernos sobre terreno firme cesó, pero no sin antes hacernos señas de que quedásemos allí.

Descolgándose mejor que descendiendo, llegó hasta nosotros y en su medio castellano, atascándose por las dificultades del idioma y la precipitación del relato, narró:

Unos años antes corría el país un viajero. Nadie le guiaba y él desconocía el país. Era un musulmán del norte que venía buscando unos lejanos parientes, entroncados con los saharauis una generación atrás. Buscaba ayuda, pues en su tierra no le quedaba nada. Llegó a Tisfurín. Sabía que en una de sus márgenes acampaban pastores y quiso alcanzar sus jaimas antes de caer la noche. Cansado de orillar la salina intentó cruzarla. El terreno era firme y el agua debía ser escasa.

Caminó un trecho, sintiendo el alivio que a sus cansados pies daría la frescura de la arena húmeda. Pisaba sin miedo, sin el miedo que le causaban las rocas cortantes del Sáhara a unos pies de norteño, habituado a caminar por la esponjosa tierra de cultivo, húmeda también como esta que ahora le refrescaba la desollada planta.

El sol se ocultó tras las cornisas y unas tinieblas fúnebres descendieron sobre el lago. Pero el hombre siguió y siguió, hasta que sintió que un pie se escurría. Se apoyó en el otro y consiguió extraerlo, mas entonces fue este el que se hundió hasta la rodilla. Un sudor frío perló su frente. Horrorizado miró en torno y solo vio la escarpada pared del precipicio blanco, siniestro, inmóvil. Las piernas se hundieron más y más. Gritó, pero sus alaridos recogidos por el eco, rebotaron de una en otra grieta hasta apagarse en la lejanía. Cada vez era mayor el círculo de fango y agua pútrida que se agitaba a su alrededor y la noche iba poniendo ya su velo negro sobre la inmensa tumba de Tisfurín, cuando el viajero sintió en la garganta la presión asfixiante, viscosa, inexorable, de la ciénaga. Un grito horrión, estentóreo, inhumano, se escapó de su pecho. Y aun cuando el eco, saltando de roca en roca con su presa sonora, hacía vibrar el aire con la desesperada llamada, ya el hombre desaparecía y solo una mano se engarfiaba buscando inútilmente un asidero.

Cerró la noche y en torno a Tisfurín vibraron, como siempre, las risas escalofriantes de las hienas, pero entre ellas se percibía de vez en cuando un sordo gemido, muy lejano, como saliendo de lo hondo, que no se sabe si lo trae el eco prendido entre sus alas, cuando, como un ave ciega, choca contra las blancas paredes de Tisfurín, donde se halla eternamente preso.

Al abandonar Tisfurín lo hicimos sin mirar atrás y con el respetuoso silencio en que nos alejamos de una tumba.

Y recordando su blancura deslumbrante, su silencio mortal, la inmensa fosa cavada en el seno del Sáhara, yo he pensado, yo he llegado a creer, que es esta la tumba destinada a los Titanes, aquellos soberbios gigantes que se sublevaron contra su propio dios.

* * *

ENTRE BRUMAS

El jinete agachó la cabeza para protegerse de las ráfagas cargadas de arena que le alcanzaban aun allí, en lo alto del camello. Los párpados semicerrados no podían impedir que el polvo fuese a herir la pupila irritada y las lágrimas corrían por el rostro, dejando, sobre la piel reseca, una línea húmeda.

Largos ratos permanecía con los ojos completamente cerrados, dejando que la cabalgadura marchase siguiendo la ruta por propio instinto, pero otras veces la preocupación que llevaba clavada en la mente le hacía desafiar el dolor y levantaba temeroso los párpados para corregir la dirección o avizorar si el espacio abierto delante permitía acelerar la marcha.

Había comenzado el viaje muy de madrugada, apenas rota la oscuridad nocturna por un pálido borde luminoso que recortaba el horizonte por oriente y la noche entera la había pasado en espera angustiosa de ese primer despuntar de la aurora.

Hubiera querido marchar antes, aún cerrada la noche, pero la lobreguez nocturna y sus ojos enfermos, que en pleno día apenas le permitían ver algo más que bultos disformes en lontananza, le retuvieron. Y ahora su ansiedad le hostigaba a correr, a lanzar al camello, contra la propia desidia del animal, a un galope nervioso y encorajinado, a fuerza de herirle.

Con trabajo reconocía el camino de caravana, por donde tantas veces había pasado con ella. Pero ahora, después de tanto ir y venir, de conocer todas las piedras, todas las matas grises que

orillaban la ruta, temía perderse. Si hacía apenas diez días se lo hubiesen dicho se habría reído. Pero sus ojos le traicionaban y eran estos los que conocían las encrucijadas, todas las rocas, todas las matas. Era como si su experiencia de tantos años se la hubiesen arrancado de pronto. De nada le servía saber de memoria dónde había de tirar de la *jesama* –rienda– hacia la izquierda para que la bestia describiese un ángulo sobre su marcha anterior si apenas distinguía ya las dunas que quedaban a su derecha y que heridas por el sol brillaban cegadoramente.

Llevaba ahora casi un cuarto de hora con los ojos cerrados y al notar que el camello atenuaba su marcha, le fustigó de nuevo. Sorprendido el animal dio un salto hacia adelante, que estuvo a punto de derribarle y giró sobre sí mismo, cruzando sobre sus propios pasos. Abderresac observó el cambio de dirección casi instintivamente y trató de corregirlo. Le causaba tanto temor el dolor de sus ojos que a ciegas doblegó al animal y cuando creyó haber recuperado la dirección le dejó proseguir por su cuenta.

Balanceado por el paso tarde de la bestia, sentía un bienestar que repercutía en su espíritu, haciendo aflojar por instantes la tensión de sus nervios. Se había sucedido todo tan rápidamente que las muchas emociones le habían mantenido despierto y activo los tres días anteriores. Primero la noticia de la enfermedad de ella, su mujer, que trajo un *asargui* que había pasado junto a su jaima. Luego la de su muerte, que él había presentido cuando una mano suavemente posó en su frente, aún antes de recibir la confirmación, dos noches hacía. Abderresac sentía una profunda emoción recordando las palabras del último mensajero. Había querido traerle a su hija, que quedaba sola, en mitad de la llanura, a muchos kilómetros de las demás jaimas. Pero la pequeña se negó a marchar. Quería seguir allí hasta que volviese su padre, velando por la jaima, por el ganado, por la tumba de su madre, enterrada muy superficialmente y que las hienas podían desenterrar. Y el mensajero no tuvo valor para arrancarla por la fuerza.

Y él iba a recogerla, a cubrir con losas el lugar de reposo de su esposa. Pero antes quería hundir su cara áspera entre sus cabellos olorosos, por última vez, y acariciar sus manos menudas, tiernas, que otrora fueran cálidas.

De entre sus recuerdos le sacó la impresión de que algo anormal sucedía. Y tuvo de pronto la convicción de que el camello se había desviado de su ruta. El sol le daba ahora de frente, haciéndole ver rojo a través de los párpados y para convencerse los levantó con doloroso esfuerzo. Mas, abiertos, no distinguía apenas sino una bruma rojiza. Ante él se elevaba y descendía acompañadamente una mancha oscura que comprendió era la cabeza de su cabalgadura. Era todo lo que alcanzaba a ver. Ni pista ni rocas. Nada que pudiese servirle de orientación distinguían sus ojos inflamados. Y Abderresac se horrorizó: ¡Solo, ciego, en mitad de la llanura! Sus manos temblaron y dejó caer la fusta. Ni siquiera hizo un gesto por retenerla. Ahora no le hacía falta, habría de confiarse exclusivamente al instinto del animal y en un gesto de renuncia a toda esperanza, soltó las riendas. Se confiaba a su destino.

La bestia anduvo pausadamente. De vez en cuando se detenía a morder una mata y Abderresac esperaba paciente, sin hostigarle. Conocía que bajaba la cabeza porque la bola oscura que era todo su horizonte desaparecía hacia abajo. Luego sentía el triscar del animal y, por fin, volvía a reaparecer, elevándose hasta la altura de sus ojos. Y Abderresac pensó con desesperación en su hija sola allá lejos y nuevamente surcaron lágrimas por su rostro curtido, aunque el viento había cesado y el polvo no le hería las pupilas.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, cuando sintió que el animal comenzaba a caminar de un modo normal y con dirección definida. El sol, que hasta entonces le había dado en el rostro, quedó a su derecha y junto a la bola negra de la cabeza del camello apareció una mancha oscura, de contornos definidos, que recordaba una grácil silueta femenina. Al pronto pensó que sería algún arbusto más crecido, al que el camello se dirigía rectamente. Pero la marcha continuó y siempre flotaban ante sus ojos ambas. Un supersticioso temor empezó a germinar en su mente y mil atropelladas ideas sobre los *genus*, demonios que andan sueltos por el desierto y caen sobre el viajero solitario, le asaltaron. Pero al mismo tiempo, aquella silueta tenía algo que le era familiar en sus movimientos, algo peculiar, conocido y querido. Y al entrar en una *grara*, que a distancia se adivinaba por sus aromas acres y la humedad que como un vaho se elevaba del suelo, con un gesto atávico, profundamente femenino, la figurilla tomó un ramillete de minúsculas florecillas y las dejó caer, como menuda lluvia, sobre sí. Y Abderresac adivinó que en aquel instante le miraba sonriente, como tantas otras veces.

Hora tras hora continuó el recto andar del camello, que de vez en cuando emitía un sordo gemido, reclamando una parada, un descanso. Pero la figurilla parecía incansable y jornada tras jornada siguieron así, hasta desaparecer, con un último fulgor grana, el sol por occidente.

Cuando ya las tinieblas fueron envolviendo las siluetas ante los ojos turbios de Abderresac, llegó hasta él el aroma de la yerba verde que ardía próxima, mientras que unos ladridos lejanos le anuncianaban la presencia del ganado y de los hombres.

Detúvose el camello y barracó por sí solo. Y cuando el jinete, embarazado por la larga jornada iba a desmontar, sintió o creyó sentir que una mano suave pasaba sobre sus ojos enfermos.

Horas después, enlazado con su pequeña, bajo los rayos suaves de la luna, descubría el rostro de su muerta esposa. Y pudo ser un efecto de luz lunar, acaso sus ojos aún turbios, pero Abderresac hubiera jurado que en sus labios jugueteaba una sonrisa, mientras le acariciaba el cabello en que, como puntos de oro, estaban prendidas las margaritas silvestres.

* * *

MULADÁM
(LA MADRE DE LOS HUESOS)

En una mañana de pleno sol, de esas que compensan tantos días de *siroco* y nublado que azotan Cabo Juby, con un cielo de un intenso azul y un mar quieto y mudo, como en respeto del día maravillosamente espléndido, siguiendo la orilla resbaladiza de verde musgo, plagada de minúsculos lagos como otras tantas pupilas donde se reflejaba la bóveda celeste, llegó, en un tranquilo paseo, hasta el *Kairouan*, ese gigantesco esqueleto mohoso de un buque francés, que como una vieja coqueta muestra hacia tierra y a distancia un porte majestuoso, de soberbia nave viva, mientras desde el otro lado, en el costado que el mar escarba, es solo ruina.

Hacia la derecha del buque divisé una lomita, mejor meseta y hacia allí encaminé mis pasos. Un extraño silencio rodeaba aquella cúspide, —casi un túmulo, pensé— en torno al cual unos matojos cenicientos ponían una orla fúnebre.

Al quietarse el ruido de mis pasos, cuando la ola de silencio volvió a llenar su hueco, sentí como un resbalar de huesos y el cascabeleo lúgubre de choque de calaveras. Cohibido descendí de la loma y regresé a la orilla.

Hameti escrutaba entre las rocas, buscando pulpos para la pesca y con su vista muerta, me saludó desde lejos. Me acerqué y charlamos y al decirle de dónde venía, entre curioso y asustado, me preguntó si no le temía a los muertos. ¿A qué muertos Hameti? A los que están ahí enterrados, dijo, en esa montañeta, que no es tal sino un gran montón de huesos que la arena, en tantos años, ha cubierto piadosamente.

Entonces me contó el origen de *Muladám* o *La madre de los huesos*.

De esto, empezó, hace muchísimo tiempo. Era cuando ni los Isarguen ni Toubalts^[59] habitaban el país. Los hombres de la tribu habían emprendido una expedición no sé si para caer sobre los vecinos o para mantener alejados a los merodeadores que se aproximaban por las rutas de los pozos y esquilmaban nuestros ganados. Y en estas circunstancias desembarcaron en esta playa, donde ahora hablamos y por el lugar donde se encuentra esa lomita, grandes fuerzas, probablemente portuguesas, que aproximando sus buques, de escaso calado a la orilla, con tablones como pasarelas, en un instante, antes de que la primera noticia, que en el Sáhara corre a la par con el viento, llegase a los oídos de los tranquilos saharauis, ya tenían en tierra caballos y pertrechos, emprendiendo inmediatamente una razzia, de las que tantas y tan frecuentes se dieron en aquellos tiempos en busca de ganado, botín y, acaso, algo más preciado para alguno, como luego ocurrió.

Los invasores no encontraron oposición por la falta de hombres. Las mujeres, los ancianos y niños huían ante ellos y así, en una marcha fácil llegaron muy adentro, dicen que hasta Isic, esquilmándolo todo. En la fecha de esta invasión estaban reunidos numerosos *chiuj* de todas las

59 [Las tribus de los Isarguen y de los Toubalts habitaban la zona costera de Cabo Juby y del norte del Sáhara Occidental].

fracciones, viejos venerables, en las inmediaciones de Dora^[60]. No se conoce el motivo exacto de tan magna reunión, pero, según cuentos de viejas, no muy de fiar, se iba a celebrar la boda de un anciano *chej* con una morita joven, muy bella y vivaracha, hija de otro, unión que veían conveniente los mayores y comentaban a media voz los jóvenes que sabían la desgana, casi rayando en rebeldía, de la presunta esposa, ante la perspectiva de unir su vida a la barba triste del *chej*.

Regresaban las fuerzas portuguesas triunfantes y alguien les hizo saber dónde estaban reunidos los *chiuj* y el motivo de su asamblea.

Mandaba las fuerzas un hombre joven que, sin duda, se compadeció de la novia y quiso aprovechar la doble ocasión de sorprender a las cabezas reunidas de las tribus y raptar, llevándose como trofeo, la prometida de uno de ellos. Y pensado y hecho.

Los *chiuj*, hombres que aunque ancianos habían luchado toda su vida, se defendieron bravamente. Uno tras otro cayó, arrastrando consigo a la Eternidad algún cuerpo joven de asaltante. Solo el padre de la morita, que en su afán de salvarla se salió del círculo de combatientes, se salvó. Pero de nada valió al anciano desvelarse. Cuando buscaba afanoso entre las jaimas, la vio a lomos del caballo del jefe invasor y no desmayada, sino bien sujetada a él, por sus propios brazos. Pero esto, como ya le dije, añadió Hameti, son cuentos de vieja.

El *chej* corrió y corrió todo lo que sus viejas piernas de saharaui le permitieron. Marchó hacia el norte, buscando a los hombres de la tribu, con la rabia de verse robado en lo más querido, a la que se añadía una penosa impresión que le hacía desear rescatar doblemente a su hija: del peligro de que la llevasen y del otro, que vio en su gesto, de dejarse llevar.

Ignorantes de lo ocurrido volvían los hombres de la tribu al paso tardo sus cabalgaduras, redondeando las historias de sus hazañas reales o fingidas y encadenando las estrofas de una nueva canción épica sobre los éxitos de su empresa reciente.

El camello es un animal de proverbial lentitud, pero al galope es raudo como un caballo, aunque el jinete debe ser muy hábil. Del cansino caminar de su primera marcha, pasaron, por la nueva de la invasión, a la más fogosa carrera. Gritos de rabia y bélico ulular incitaban a las cabalgaduras que plegaban y distendían sus largas ancas como inmensos resortes vivos.

No quisieron ir hacia donde quedaban sus jaimas deshechas, ni a Bor Chiuj –el reducto de los ancianos– donde ensangrentados quedaban sus mayores. Marcharon hacia la costa, para caer sobre las fuerzas antes que pudiesen refugiarse en sus ligeras naves.

La tropa extranjera había llegado ya a la orilla y embarcaba el botín. Algunas jóvenes lloraban desconsoladas, con la cara contra la arena de sus tierras, que acaso no volvieran a ver. Solo la morita, la novia robada, se mantenía erguida y sus ojos seguían al jefe invasor en todos sus movimientos, como con arrobo. De vez en cuando, con preocupación, miraba hacia el interior, por donde indudablemente habrían de acercarse los que hasta ayer eran los suyos.

Cautos por necesidad, previendo la violenta reacción de las tribus, se habían puesto vigías, que desde la cofa oteaban los alrededores. Pronto dieron la voz de alarma, al divisar como un hormiguero de infinitos jinetes, seguidos por muchedumbre de peones, se acercaban cerrando, en un arco de luna, todo el horizonte.

Todavía había mucho que embarcar y la velocidad del avance de los nativos no dejaba posibilidad de lanzarse al mar antes del encuentro. Hubo, pues, que prepararse a combatir en una lucha que se adivinaba terrible.

Cuentan historias que el combate duró diez días, con alternativas para unos y otros y que se dio desde las rocas que comienzan a levantarse en acantilado al norte, hasta el lugar donde hoy yergue el fuerte su bizarra mole^[61]. Pero donde la saña llegó a límites inconcebibles fue junto a los buques, aquí. Unos y otros comprendían que asaltados estos la victoria se decidía por los saharauis.

60 [Localidad al sur de Tarfaya, aproximadamente a sesenta kilómetros].

61 [Hameti se refiere al fuerte español de Cabo Juby].



Fig. 10. A.O.E., 10 de agosto de 1947, p. 1
Fuente: Jable. Archivo de Prensa Digital. ULPGC

En medio de la lucha se encontraron el viejo *chej* y el jefe de las tropas asaltantes. Al ardor y fortaleza del joven se oponía la experiencia y desesperación del padre. Hubo un momento en que el jefe cayó y ya levantaba el anciano su gumía para hundirla ferozmente en su enemigo, cuando su mano se vio detenida en el aire por otra pequeña, blanca, tierna. En la rabia del momento el anciano se cegó y la hoja de acero cayó una y otra vez sobre aquel menudo enemigo que se desplomó con un leve gemido. Y abiertos los pliegues de su vestimenta quedó su rostro mirando al cielo. Sus ojos buscaron los del jefe extranjero, se prendieron en él y así, con la mirada clavada en su rostro y los labios entreabiertos quedó yerta. El anciano tiró la gumía y huyó, lanzando alaridos, perdiéndose entre los combatientes. Nadie, desde entonces, le volvió a ver.

Al fin los portugueses, si tales eran, volvieron a embarcar y sus naves con un macabro botín se alejaron lentamente, hasta hacerse puntos blancos en el horizonte.

Los cadáveres de los invasores fueron amontonados en la misma orilla. Durante mucho tiempo nadie se acercó. La podredumbre era tan horrible que hasta Tarfaya llegaban como bocanadas de un aliento monstruoso. La arena, poco a poco, fue cubriendo con su dorado velo aquel tétrico montículo. Las gentes huían porque en la noche veían pálidas luces rondando la playa y extraños alaridos se elevaban en torno. Y junto a las hogueras, en las noches claras cuando jóvenes y viejos se reunían a contar historias, se hablaba que el alma del *chej*, que condenose por matar a su hija, ronda eternamente por la playa, mirando al horizonte por donde el jefe invasor se llevó su cuerpo inerte y su alma enamorada.

Y ese montón de huesos, que ya son casi polvo, fue bautizado por los saharauis, tan poéticos, con el nombre de *Muladám, La madre de los huesos*.

* * *

EL FORTÍN DE JANIFÍS

Hundido en el fango de la ría de Janifís, conocido por los geógrafos con el nombre de Puerto Cansado, en su orilla norte, asomando apenas la desdentada corona de sus almenas, roídas por el tiempo, hay un torreón que el musgo ha afelpado y el salitre carcomido hasta dejarlo como un terrón que se desmorona por el contacto más leve.

Muchos son los cálculos que se hacen los nativos sobre el origen del bastión y, aunque lo más probable es que fuese fundado por los portugueses, cuando conjuntamente con los castellanos ocupaban las costas norte y occidental de Marruecos, el estado lamentable de la ruina, la pátina que a sus sillares dio el tiempo, hacen que la imaginación vuele y más la de los hijos del país, tan imaginativos de por sí.

Por esto no es extraño que sobre tales ruinas se cuenten historias más o menos fantásticas, que tienen por actores a personajes nebulosos que rayan en lo fantasmagórico.

Dicen –yo no lo he visto– que los bloques del torreón, que es lo único que se asoma ya de lo que debió ser fortín, tienen un color grana, de sangre, que perdura a través del tiempo y que de ese tono no hay rocas ni canteras en torno, que pudieran haberlas suministrado. Pero según la leyenda, que por tal la tengo, en un principio, en los remotos tiempos de su fundación, el fortín era blanco y su grácil silueta se alzaba en la orilla, divisándose desde muy lejos, como un vigía, siempre atento a la costa y al desierto, que venían a confluir a sus pies.

Como decía, los fundadores de tal fortaleza son ignorados, pero, al parecer y hasta su destrucción, siempre hubo en él fuerzas extranjeras de guarnición.

Aunque el estado de lucha entre los tribeños y el fortín no era continuo y sucedíanse períodos de guerra y paz, en que los menos xenófobos se aprovisionaban en él y llegaban hasta sus puertas a cambiar sus productos, jamás se permitió a ninguno traspasarlas. Todo, pues, eran conjeturas sobre lo que encerraría e, incluso, hasta la personalidad de su jefe resultaba incógnita.

Durante el reinado de uno de los sultanes más poderosos de Marruecos se procedió sistemáticamente a expulsar de las costas a los extranjeros. Este sultán quería reinar sobre todo su reino y sentía, como si de su carne los hubiesen arrancado, los trozos que a la integridad del imperio habían conquistado. Simultáneamente y tal vez instigados por dos enviados del sultán, los tribeños comenzaron uno más de los innumerables asedios del fortín. A este propósito concurría también el hecho de haber visto desembarcar de la nave que periódicamente avituallaba al bastión, numerosos bultos, que a los saharauis se le imaginaron de riquísimos abastecimientos y, según lo visto por alguno, una dama, lujosamente ataviada, y tres niños. Más adelante todo ello se confirmó trágicamente.

Existían, en torno al fortín, campos dominados por la guarnición, en los que aquella tenía establecidas defensas y puestos avanzados, que en casos habían contenido a los tribeños. Mas en realidad, raramente corría sangre, limitándose, de uno y otro lado, a hacerse prisioneros y pedir rescate. Podía, pues, decirse que se mantenía una relativa buena vecindad en comparación con lo que ocurría entonces en otros lugares del vasto imperio mogrebino.

Pero en esta ocasión, acaso por la instigación de los enviados imperiales, tal vez por la tentación que suponía aquel voluminoso equipaje entrevisto, el ataque fue enérgico, la reacción débil y los cabilenos llegaron, lo que nunca antes, a poner pie en la entrada del fortín. Allí encontraron dura resistencia y comenzó una verdadera, cruenta lucha. Mas los asaltantes, que nunca habían obtenido un éxito como aquel, que veían al alcance de sus manos las riquezas que tanto tiempo ambicionaron desde lejos, aumentaban por instantes y paso a paso, dejando sobre el umbral muchos de los más osados, fueron avanzando, acorralando a la guarnición, hasta el punto que los últimos, agotados, ensangrentados, hubieron de refugiarse en el torreón, que podía considerarse inexpugnable, donde el jefe del castillete tenía su residencia.

Mientras en las salas del fortín se desbordaban los invasores, en su afán de rapiña, en el torreón los sitiados se preguntaban angustiosamente qué sucedería después. El agua, los víveres, salvo escasísimas provisiones, habían caído en manos de los tribeños y la nave de socorro, que periódicamente los visitaba, tardaría aún largos días.

Su incertidumbre, no obstante, duró poco. Cuando los tribeños hubieron esquilmado y transportado todo lo que hallaron de valor, dejado desnudas y desmanteladas las hasta entonces sumptuosas y bien provistas salas del fortín, enviaron un parlamentario. Les ofrecían respetarles la vida, si se entregaban. Los hombres quedarían como cautivos, sujetos a un crecido rescate. Pero la dama, entrevista por los enviados, sería llevada a Marrakech, donde, conjuntamente con los niños, sería presentada al proveedor del harén y servidumbre del palacio.

Parte de los sitiados aceptaron la rendición en tales condiciones y en su favor cabe decir que entonces no quedaban ya esperanza alguna de socorro. Pero el jefe, que era padre y esposo se negó. Mas no quiso sacrificar a sus hombres. «Idos, les dijo, marchad vosotros, que podéis contar vuestra única esclavitud. Yo no entregaré a mi esposa, a mis hijos, a ese bárbaro trato». Y por sí, obligó a marchar hasta aquellos que, en su adhesión, querían permanecer a su lado.

Silenciosos, cabizbajos, salieron los sometidos y la puerta del torreón volvió a cerrarse. Poco después aparecía entre las almenas la alta figura del jefe extranjero, estrechando a su esposa y a sus hijos. Y por primera vez fue visto por los cabilenos. Era un hombre robusto, casi un héracles y su cuerpo, de majestuoso porte, estaba revestido de una malla acerada, que, herida por los rayos del sol del Sáhara, brillaba con metálico fulgor.

Para los instigadores venidos de Marrakech a alborotar las tribus, la incompleta rendición del fortín lo consideraron un bochorno. Trataron de mover a las tribus al asalto, pero estos, satisfechos con lo obtenido, no quisieron secundarles. Entonces concibieron una diabólica idea.

Del bosquecillo de la margen sur de la ría, de la que hoy solo unas *tarfas* asoman dando fe que existió, cortaron abundante leña. Luego la hicieron transportar al pie de la torre, constituyendo así una inmensa pira.

Volvieron a iniciar el parlamento. Si no se rendían, la hoguera sería encendida.

Una horrible lucha debió librarse consigo aquel hombre. Pero su misma esposa, descubriendo su blanco seno, le pidió: «Mátame, mata también a nuestros hijos, antes que entregarnos». Una patética escena de despedida se desarrolló ante los ojos de los sitiadores y por su propia mano, tapando sus ojos, con dolorosos gemidos al sucumbir cada uno, fue sacrificando a su esposa, a sus hijos, uno, otro, otro. Luego, loco, desencajado, trató de clavar en su pecho la acerada hoja, pero aquella malla, aquella férrea protección, no le dejaba paso hasta su corazón. Tiró el puñal, acarició a sus hijos, a su esposa y, desde lo alto del torreón, se lanzó al mar. Un instante se elevó un penacho de espumas, luego, nada. La rizada superficie de la ría abriose en ondas, que fueron a besar una y otra orilla, hasta coincidir de nuevo en infinitos círculos.

En el mismo torreón, bajo el techo que aún goteaba la inocente sangre de los infantes, se instalaron los enviados imperiales. Los cadáveres fueron retirados, despojados de sus vestiduras y depositados en la playa.

Pero aquella noche, cuando los instigadores descansaban plácidamente en la que hasta entonces fuera residencia del gobernador del fortín, se despertaron despavoridos.

Un humo espeso se enroscaba por la escalerilla de la torre. Lenguas de fuego envolvían el edificio que crujía. Corrieron hacia abajo. En las tinieblas, rotas por un instante por el resplandor de las llamas, vieron que un cuerpo macizo, hercúleo, les cortaba el paso y les rechazaba hacia el interior. Desde fuera intentaron auxiliarles, pero la puerta estaba nuevamente cerrada, hermética, aherrojada.

El hecho no pudo explicarse. La leña, colocada el día anterior, había ardido en un instante, como si sobre ella soplará un gigante. ¿Fue un descuido, una justicia anónima? No se supo jamás. Ni tampoco quién llevó los cadáveres que habían quedado sobre la arena ni de quién era el cuerpo chamuscado que, con los de ambos enviados, apareció en el torreón y sobre cuyo tórax unas escamas aceradas recordaban la trama, fundida, de una malla.

* * *

UNA NOCHE EN LAS DUNAS

A pocas jornadas de Tarfaya, en la pista, difícil y borrosa, que la une con Aiún, hay una cadena de elevadas dunas que son otros tantos obstáculos para los vehículos. Gracias a la pericia de los conductores, también un poco a la suerte, son pocas las ocasiones en que quedan presos los coches entre los tentáculos fláccidos de la arena.

Es frecuente que, conociendo el obstáculo, se procure cruzarla de día, porque si a plena luz es ardua tarea, debido a su laberíntica dispersión, de noche es realmente imposible.

Hace años, aprovechando que un automóvil iba al Aiún y debía regresar el mismo día, deseoso de conocer y comprobar las perfecciones que del original poblado cuentan, ya que aseguran que surge, entre la tierra caliente del Sáhara, como una nidada más de gigantescos huevos de ciclópeos avestruces, me aventuré a cruzar, lo más raudo posible, el camino de polvo y fuego que separa el dorado y azul Cabo Juby del rojo y blanco Aiún.

En la madrugada partimos, dejando el poblado dormido, bajo la vela única del Cuerpo de Guardia. Poco a poco remontamos la pendiente leve, dejando atrás el sordo rumor del mar y su aliento húmedo, para entrar en la llanura, que comenzaba entonces a desprenderse de su velo de brumas, alconjuro de los primeros, oblicuos, rayos del sol naciente.

No mienten los que cantan el verdor del Aiún, rodeado de huertas y abanicado por ramilletes de palmeras, entre frescas fuentes. Y, a las bellezas que Al-lah puso en el oasis, únense los ornatos que ejecutó la mano del hombre, con cariño, con inspiración.

Cautivados por el poblado nos detuvimos demasiado. A la vuelta, en lucha con el tiempo, vimos hundirse el disco solar, cuando llegábamos a las primeras avanzadas de dunas. Y poco después, queriendo forzar el paso, quedábamos presos entre dos olas de oro, que con sus urgencias nos invitaban, cual yacentes hijas del Atlante, a recostarnos en su regazo.

El hálito caliente, mezcla de goma frotada, aceite quemado y humo de gasolina, que arroja el coche, me da náuseas. Por ello, renunciando al mullido, aunque corto, sofá del auto, tomé el

sulhan y fui a recostarme sobre la duna más alta, que dominaba la cadena. Un instante, a la escasa, moribunda, luz crepuscular, divisé a mis pies todo un mar de montículos, hasta perderse en la penumbra que todo, velozmente, lo iba invadiendo.

Envuelto en mi capote, mirando al tenebroso cielo, sin darme cuenta me quedé dormido.

Creo que llevaría horas hundido en el sueño, cuando sentí que millares de granos caían sobre mí. Parecía como si alguien, en torno a la cúspide de la duna, escarbase, lanzando al aire puñados de arena. Supuse que el viento formaba remolinos en torno mío y cubriéndome mejor, tomé nueva postura y torné a cerrar los ojos. Mas, cuando lentamente iba envolviéndome el cálido sopor del sueño, muy próximo se elevó un desgarrado, quejumbroso lamento, que me erizó el cabello. A punto estuve de, como de niño, arroparme más y apretar los ojos para no ver. Pero como no en vano pasan los años, me descubrí y miré. La noche era tétrica, de tan oscura. Solamente, por los desgarrones de las nubes chispeaba alguna fulgurante estrella. Nada se divisaba alrededor, en el pequeño campo que las tinieblas permitían distinguir. Sin embargo, pronto comprobé que la noche era serena y casi bochornosa y el aire permanecía en absoluto reposo. Mi *sulhan*, sin embargo, estaba cubierto de salpicaduras de arena.

Escuchando permanecí largos minutos y cuando creí que me había confundido el escalofriante ulular de hienas o chacales, sobre mi cabeza volvió a elevarse aquel grito indescriptible. Desorbitado, tratando de penetrar la densa oscuridad, miré hacia el punto de donde me venía aquel macabro aullido, cuando de pronto un puñado de arena, arrojado con violencia, me cegó. Me levanté y traté de limpiar los ojos y corrí hacia abajo, buscando el coche. Con los ojos turbios me extravié y anduve en torno a la duna, cayendo y levantándome, oyendo a mis espaldas, con breves intervalos, aquel quejido o lamento, que me penetraba como un cuchillo, haciéndome sentir a todo lo largo de la espalda un escalofrío de terror.

Desperté a mis compañeros. Enfocamos las luces del coche sobre la duna.

El cono luminoso abrió una brecha en la densa oscuridad y nos permitió ver la superficie tersa, en la que estaba grabada mi silueta, en el lugar de mi reposo, mis pasos, al subir y descender y luego, sin continuidad, unos hoyos, como si alguien, precipitadamente, hubiese escarbado aquí y allá, renunciando en un punto para iniciar en otro. Pero entre estas concavidades, separadas algunas varios metros, no había la menor huella, ni humana ni de animal.

El resto de la noche tuve que tolerar el olor del coche. A la mañana siguiente, después de escarbar trabajosamente para abrir camino a las ruedas, continuamos sin novedad el viaje a Tarfaya, donde ya se inquietaban por nuestra tardanza.

Aquel incidente, al transcurrir el tiempo, se esfumó entre otros muchos recuerdos y llegué a convencerme de que sobre mí habían obrado en aquella noche la oscuridad, la novedad de pasar una noche en el desierto y, por qué no decirlo, también la fantasía y un tanto de terror a los sospechados animales salvajes, que no deberían andar muy lejos. Pero al oír un día una historia de tiempos pasados, que tenía por escenario las dunas, aquellas mismas dunas, toda la escena ha vuelto a presentármese vívida y hoy dudo. La historia era esta:

Entre una familia de Rguibat y otra de Delimis, que por azares de pastoreo había venido a residenciar en las proximidades de Tarfaya, existían rencores inveterados por una inextinguible deuda de sangre. Los individuos de ambas, constantemente recelosos, temían en cada instante verse asaltados o muertos por una bien dirigida bala.

Por el momento eran los Rguibat los acreedores. El último sacrificado al odio mutuo había sido un joven a quien hallaron con el cráneo aplastado salvajemente al pie de un precipicio. Pudo ser un accidente, pero ellos estaban convencidos de que allí estaba la mano de sus enemigos. Aunque una y otra vez habían tratado de mediar los notables de las cabilas circundantes, temerosos de que pronto o tarde arrastrasen a los demás a su contienda, estaban tan enconados que no quisieron compensaciones materiales. Solo la sangre podía pagar la sangre y, encadenándose, un asesinato seguía a otro.

En las dunas acampaba una jaima de Delimis, pero sus hombres ya habían sucumbido. Solo la habitaban una mujer y su hijo, un pequeño que apenas sabía trepar a las más bajas de las dunas.

Como mujer, como viuda, se creía fuera del círculo de las venganzas y vivía descuidadamente en su frágil refugio.

Exacerbados, por no poder tomar venganza directa en los bien armados Delimis, movidos acaso por sus mujeres, que en los momentos de venganza parecen perder toda su dulzura, toda su

feminidad, para convertirse en sanguinarias y feroces, una noche cayeron sobre la jaima aislada, indefensa, de las dunas.

Ataron a la mujer —matar a una hembra es indigno— pero se llevaron al niño. La madre, con los ojos, suplicaba, gemía. En su boca habían puesto una mordaza. Temían sus gritos, sus súplicas. En el fondo de sus almas les repugnaba lo que hacían. Por ello no se decidieron a matar al niño inmediatamente y ante los ojos de la madre, como había sido la primera idea. Fuera de la jaima deliberaron. Su decisión fue menos cruel, pero no se manchaban las manos en sangre y, además, dejaban abierta una puerta a la Providencia.

La madre trataba de captar la conversación que en tono medio se llevaba a pocos pasos de su jaima. Horrorizada oyó palabras sueltas: «enterrar», «dunas», «vivo, sí, vivo». Toda la verdad quedó ante sus ojos. Querían enterrar a su hijo vivo en alguna de las dunas. Con desesperación forzó las cuerdas que la ataban. Eran fuertes, pero ella era más fuerte que todas las ligaduras. Las partió y desbocada se lanzó a la noche. El campo de dunas estaba desierto. Eran miles de montículos silenciosos. Y en uno de ellos ¡en cuál Señor! habían enterrado vivo a su hijo. Sus sentidos se afinaban hasta lo infinito. Ponía atento oído procurando captar los sordos gemidos que desde lo hondo de las dunas debería lanzar su hijo, que, por instantes, se asfixiaba. Escarbó en una, en otra, olfateaba la arena, buscando el olor que emanaba de las carnes del niño, hora tras hora, mientras la noche transcurría, la madre buscaba con infinita desesperación en todo el campo de las dunas. Lanzaba gritos empañados de lágrimas, que cada vez se hacían más roncos, llamando al niño. Y así, saltando de un montículo a otro, escarbando aquí y allá, desistiendo en un punto para comenzar en otro, la halló el amanecer.

Cuando extrañados por sus gestos, atraídos por sus alardos, se acercaron pastores de los alrededores, encontraron a una mujer desconocida. La noche la había convertido en una anciana, sus ojos se movían de un punto a otro buscando constantemente. Las manos, engarfiadas como garras, sangraban, de su boca salían escalofriantes gritos; estaba loca.

Murió a los pocos días, sin recobrar el juicio, sin llegar a saber que los Rguibat jamás llegaron a enterrar a su hijo.

Y algún supersticioso o algún fantástico miedoso ha creído ver en las noches oscuras, bajo el tembloroso chispear de las fugitivas estrellas, cuando las sombras se confunden fácilmente, la figura de la loca que salta prodigiosamente de una a otra duna, levantando remolinos de arena mientras eternamente escarba aquí y allá y lanza a la muda noche del desierto su desgarrado grito. ¿Es ella o son remolinos que el viento levanta, aullidos de chacales y de hienas? La noche, la débil luz cenital, el terror, cambian tanto las cosas...

* * *

LLUVIA SOBRE EL SÁHARA

La tarde, de un tono gris plomo, daba a todo el paisaje una infinita tristeza.

Las jaimas, agazapadas tras el cerco de las dunas, se bombeaban como un pecho, al ser agitadas por el soplo de las ráfagas. En cada lomilla del terreno, una cascada rubia de granos de arena tremolaba, persiguiéndose después sobre la llanura como una tropa de microscópicos caballos desbandados. Y las dunas, pulidas por el viento, tomaban esas formas redondeadas y suaves, que nos sugieren turgencias de mujer.

El campo próximo, en el que apenas asomaban las incipientes hojas de la cebada, se inundaba poco a poco de arena, que amontonándose sobre las matujas las asfixiaba. Todo el aire era polvo menudo, que como una lima inmensa iba puliendo las formas abruptas del paisaje, cubriendo acá una arista, coronando allá un montículo, cegando hondonadas, igualándolo todo y envolviendo, hasta ocultarlo en su bruma áspera y tangible.

El cielo, semejante a una losa, con oquedades y salientes casi materializados en su negrura, fue cayendo sobre el Sáhara, como la tapa del sepulcro sobre un cuerpo muerto. Y por un momento, al callar el viento, toda la planicie quedó muda, en un religioso silencio, hasta clavarse en el seno blando y tibio de una duna, como una saeta, la primera gota de lluvia.

Al sordo choque del agua sobre el suelo, las hojas, enrosquilladas ya, del maíz parecieron distenderse, como la oreja verde de un raro animal; las margaritas silvestres abrieron sus amarillas pestañas lacias, como una joven sorprendida en su letargo: el huraño cardón, de brazos nervudos y erizados de espinas, se desperezó, entreabriendo sus enormes tentáculos de pulpo fósil, para recibir el agua hasta en sus más hundidas raíces. Una liebre cesó por un instante de roer el tronco de una tarfa y recogió todos sus músculos expectantes. Los lagartos se sumergieron aún más en el fondo tenebroso de sus cavernillas, donde los puntos brillantes de sus ojos y el espejar de su escamosa piel mentían joyas. Y una diminuta serpiente de ojos como puntos de fuego se desenroscó y tornó a enlazarse con gesto de pereza.

Al recibir el primer contacto las gotas fueron sorbidas, en un ansia sedienta, por cada partícula del terreno. Las raíces atormentadas de las matas, que semejan sierpes siempre furiosas, retorcidas bajo las rocas, horadándolo todo para beber la salobre humedad del suelo, se ahitaban, se henchían en agua, aquella agua dulce del cielo, que las empapaba todas.

Caía la lluvia con estruendo, desbordándose sobre la tierra y en cada declive se formaban diminutos arroyuelos y en cada hondonada se creaba un lago turbio, que rizaba su superficie al contacto de las nuevas gotas que le acrecentaban.

Del interior de las jaimas comenzó a salir un alegre humo, cuyo picante aroma de leña verde ponía un punto más de regocijo en los ya palpitantes corazones de los saharaus. Se preparaba rápidamente la frugal comida para salir inmediatamente al campo a preparar los terrenos en que extender los cultivos. Todas aquellas charcas que desde lo alto de cualquier montículo se divisaban en torno y que la lluvia había creado en un instante, serían en breve y por el conjuro del sol del desierto, verdes cuadros donde el saharaui vería cuajarse en espigas su esfuerzo.

En el interior de las jaimas todo estaba seco. La suave pendiente de su cono había recibido y encauzado hacia el suelo el chaparrón, sin dejar paso a gota alguna. Y ante el inmenso campo húmedo y frío ahora aquel rincón seco, tibio, agazapado, que olía a humo y a tierra, aromado por el té, se ofrecía delicioso, acogedor.

Antes de partir a la labor, sin acordarlo, de un modo tácito, todos los saharaus miraron hacia oriente y uno tras otro, ante el cielo por el que las nubes se alejaban enjutas, y la llanura infinita ya fecunda, se inclinaron en acción de gracias.

Y sus siluetas postradas, sus brazos tendidos hacia la altura, decían con más fuerzas que sus balbucientes rezos: «¡Señor, tu misericordia es infinita!»

* * *

POR UNA PESETA

Muludi levantó la cabeza y se quedó mirando descaradamente al *sarani*. Este pudo apreciar entonces con detalle las filigranas de su peinado, si es que aquello podía decirse que había sufrido alguna vez las púas de un peine, sobre el que destacaba lo que le pareció una cresta de cacatúa, flanqueada por dos calvas rectangulares que, de atrás a delante, le pelaban el cráneo. La cara negra sucia, la nariz aplastada hasta lo inconcebible y las cejas apretadas en un fruncimiento desdeñoso e interrogante no embellecían ciertamente al *guayete*, aunque sí hacían sentir una cierta complacencia al espectador que movía a sonreír.

El *sarani* sacó una peseta y se la enseñó. Pero Muludi, habituado a las trampas y engaños de que se hacía víctima a los chicuelos, no *picó*, es decir, no hizo lo que era de esperar: extender la mano para cogerla y salir a escape. Pero si bien no reaccionó como se esperaba el donante, las cejas al menos se distendieron y en los ojos, de córnea amarillenta y casi redondos, apareció una chispa de codicia, que no pasó desapercibida al *sarani*. «Toma, toma, para ti, hombre, no es broma». Con estas palabras y con la peseta cogida solamente por el canto, casi desprendida ya, se aproximó el *sarani*, que era un joven de aspecto bondadoso, con una sonrisa amplia y mirada serena. Un momento se encontraron las pupilas turbias de Muludi con las azules del joven y el *guayete* abrió la boca enseñando unos dientes grandes, blancos y pulidos y con una sonrisa que aún le afeaba más que su fosca actitud de antes, tomó la moneda y la apretó en la palma de la mano. Luego se puso en pie y sujetándose los faldones de su *derrah*, especie de camisón sin costuras a los lados, es decir, la prenda de confección más simple que pueda imaginarse, se quedó

plantado, esperando. Indudablemente aquella moneda no había sido regalada. Allí era preciso decir algo o cumplir algún recado, pues ni los *saranis* van por entre las jaimas regalando pesetas habitualmente, ni cuando las dan por casualidad es, como en este caso, espontáneamente, sino que en la mayoría de las ocasiones es resultado de una insistente cantinela de «*sarani peseta*, «*sarani peseta*», «*flus, flus*», que aturdiéndoles los oídos unas veces le deciden a dar alguna perra o, más frecuentemente, a lanzar miradas furibundas y palabras desconocidas, aunque se adivinan duras, contra los pedigüeños. Así que Muludi esperó, en la firme convicción de que algo difícil habría de realizar. Mas su sorpresa fue extraordinaria cuando se vio apuntado con una cosa que brillaba y que hacía un ruidito extraño. Algo muy parecido al miedo le subió desde el estómago hasta la garganta, que le quedó seca. Pero no huyó. Sabía que con mantenerse firme estaba pagando su peseta y aguantó. Era para él una experiencia nueva este sistema de *trabajo* y desde luego, a pesar de su pánico y salvo que hubiese algo más que ya le resultase absolutamente imposible de soportar, le parecía mucho más cómodo que el cargar una maleta desde el desembarcadero hasta la Aduana, momento en que todos sus juveniles huesos le rechinaban y no veía el instante de dejarla caer.

Al parecer *la cosa* se había terminado, porque el joven volvió a guardar en una funda el artefacto brillante y misterioso y con gesto amistoso, que se reflejaba en su rostro, se alejó paso a paso, con el trabajoso caminar de los europeos sobre la arena, en la que su calzado, pesado y duro, no encuentra piso apropiado y se hunde, obligando al caminante a arrancar el pie del suelo, mientras siente que sus calcetines se redondean por la arena que le entra, y que el calzado, hecho a medida, se queda pequeño para el volumen que dentro de él se aprieta.

Cuando se vio solo, Muludi abrió la mano, sudorosa ya de retener la peseta, que había dejado marcado un círculo sobre la palma y la contempló arrobadó. De repente y dándose cuenta de su fortuna, dio dos brincos, se agachó, cogió un puñado de arena con la mano libre y dando gritos la arrojó al aire. Huyó de los granos gruesos que se le venían encima y partió como una flecha hacia el zoco, flameándole detrás los faldones del *derrah*, que al levantarse con el viento, dejaban ver algo más arriba de sus muslos tostados.

Cuando llegó al zoco, después de una carrera frenética, se estaban cerrando las tiendas. Por un instante temió que la de Xumuad, donde se vendían los dátiles más gordos y sanos, estuviese cerrada. Pero no. Todavía tenía entreabierta la puerta y se le veía dentro, contando las ganancias del día, mientras a su derecha y a todo lo ancho del mostrador, descansaba la llave de la tienda, instrumento contundente, que según fama le había servido en una ocasión para descalabrar a un *guayete* grande, casi mozarrón, que intentó sacarle el cajón del dinero mientras Xumuad, de espaldas, la descolgaba de la alcayata.

Con la seguridad que da el saberse poseedor de un capital, Muludi golpeó con la peseta la tabla del mostrador, haciendo que el tendero levantase la cabeza sobresaltado, buscando con sus ojos ahuevados de un extremo a otro sin descubrir otra cosa que una mano delgada y menuda y un puñado de pelos que sobresalían algo sobre el borde de la tabla. Al divisar la peseta Xumuad se levantó a preguntar qué quería a aquel gusarapo negro que le venía a interrumpir. Muludi solo pronunció una frase: «*Dátiles*». Y puso la peseta sobre el mostrador. Mientras el tendero iba cogiendo a puñados, del saco que exhalaba un olor dulzón y perfumado, los dátiles dorados que al caer sobre la lata del peso hacían un ruido de cosa maciza, al *guayete* se le hacía la boca agua y por anticipado saboreábalos y los bordes de su lengua se estremecían al imaginar el instante en que, separados hueso y carne con un hábil mordisco, le quedaría la pulpa en la boca mientras con un impulso silbante de lengua y labios saldría despojada la pipa. Por fin los tuvo en la mano y cuidadosamente los apretujó contra el pecho, temiendo que por los bordes del escaso papel se escabullese alguno.

Muludi no tenía el propósito de compartir sus dátiles con nadie. Así que en lugar de volver directamente a su jaima se fue detrás del zoco, hacia el matadero, para dar tiempo, en su más largo recorrido, a consumir todos los comprados mientras curioseaba y se entretenía viendo cómo descuartizaban a un camello para venderlo inmediatamente antes de que se pusiese el sol, a todos los clientes que impacientemente observaban el lento y pesado trabajo del matarife. Cuando empezó el reparto de carne comenzaron los gritos y las discusiones. Un soldado reclamaba para sí un trozo macizo de carne rojiza, que aún goteaba sangre, que trataba de llevarse un barbudo

albañil, aún lleno de cal. Muludi se fijó que entre las hebras negras de la barba llevaba el albañil gotas de cal y que en su arrugado pescuezo había una mezcla de polvo y sudor que, solo de verlo, le produjo picores. Los demás compradores se impacientaban mientras el matarife, con aire autoritario que nadie tenía en cuenta, trataba de poner paz. De pronto se formó un rebullido y se vio forcejear a los que antes discutían.

Las manos empapadas en la sangre que destilaba la carne, ponían un punto dramático en el incidente. Muludi, aunque temeroso, no quiso perderse lo que sucedía y se acercó. Para su mala suerte, en el mismo instante en que él llegaba junto al grupo, el matarife, tratando de apoyar su pretendida autoridad en algo más que voces, enarbóló el cuchillo a fin de atemorizar a los contendientes, pero el soldado, tomando una pesa de sobre el mostrador, la lanzó contra el matarife. Con mala puntería, la pesa, de medio kilo, cruzó sobre el turbante del *blanco*, que inmediatamente depuso las armas y fue a dar de pleno sobre el cráneo tonsurado de Muludi. Este cayó redondo al suelo sin gemir siquiera.

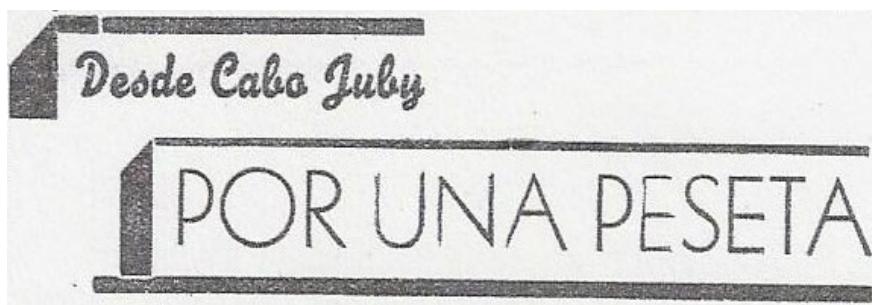


Fig. 11. A.O.E., 20 de julio de 1947
Fuente: Jable. Archivo de Prensa Digital. ULPGC

Si antes hubo revuelo ahora fue cosa de espanto. El matarife increpaba al soldado, el soldado al albañil, este al matarife. El público casi se amotina contra los tres... pero a todo esto y en medio de tanto tumulto, nadie pensaba curar al pequeño. Las mujeres se lamentaban y llamaban en su auxilio al *chej* el Ueli, el curador de todos los males, el santo de la devoción del saharaui. Por fin entre la multitud de curiosos y de gesticulantes, se abrió camino un *sarani*. Era el mismo joven de aspecto sereno y mirada bondadosa, que aún llevaba su *Kodak*. Apartó a todos de alrededor del chicuelo, le tomó el pulso y miró el cráneo, por donde se veía brotar abundante sangre. Pidió agua y le dieron un cubo, aún pringoso de haber recogido en él la sangre del camello. Un instante estuvo indeciso, mirando el improvisado lavabo, pero por fin se decidió. Metió su propio pañuelo que estaba blanco y perfumado –las mujeres, aun en medio del mal olor reinante lo notaron enseguida– y con él lavó la cabeza del chico. Este siguió sin dar señales de vida. Entonces pidió ayuda para llevarle a prisa al botiquín. El propio soldado fue quien le tomó en brazos y con todo cuidado, aunque corriendo, siguió al joven en quien enseguida habían descubierto al *tebid*^[62], al médico.

Aunque Muludi no se daba cuenta de nada, lo cierto es que estuvo entre la vida y la muerte y cuando recién llegado al hospital el médico le vio entre los labios una masa oscura, como coagulada, creyó que todo sería inútil. Pero al examinarla mejor, vio que era una papilla de dátiles.

Cuando después de varias horas sin conocimiento se recuperó, se vio acostado y teniendo sobre sí un enorme aparato brillante. Brazos y piernas los tenía sujetos, mientras sentía un dolor horrible en el cráneo. Espantado giró los ojos en torno, viendo entonces que el joven *sarani* tenía en una mano un afiladísimo cuchillo –tal le pareció– mientras con una tijera le recortaba su bella cresta. El miedo, esta vez muy superior a la primera, le hizo desmayarse, pero no sin que antes cruzase por su cerebro esta idea acongojante:

Ciertamente que aquello resultaba mucho más insopportable que cargar maletas y ¡por una peseta...!

* * *

62 [Así en el original].

REFERENCIAS

- ABÁSOLO BEREICUA, E. (9 de mayo de 1965). «Texto íntegro de la conferencia pronunciada por D. Enrique Abásolo Bereicua, con motivo del XX aniversario de “A.O.E.”». *A.O.E.*, núm. 1055, pp. 7-16.
- AIXELÀ-CABRÉ, Y. (2020a). «Local versions and the global impacts of Euro-African memories: A revision through Spanish colonial imprints. Introduction». *Culture & History Digital Journal*, núm. 2 (vol. 9), pp. 1-8.
- AIXELÀ-CABRÉ, Y. (2020b). «Colonial Spain in Africa: Building a Shared History from Memories of the Spanish Protectorate and Spanish Guinea». *Culture & History Digital Journal*, núm. 2 (vol. 9), pp. 1-13.
- AMO, M. del (2010). «La traducción al español de la literatura marroquí escrita en árabe (1940-2009)». *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, núm. 59, pp. 239-257.
- ANSOLA FERNÁNDEZ, A. (2021). *Los pósitos de pescadores. Una inusitada aventura reformista (1917-1943)*. Santander: Universidad de Cantabria.
- ARIS, C., CLADELLAS, L. y TOBELLA, M. (1991). *Cuentos saharauis*. Madrid: Anaya.
- BLANCO VÁZQUEZ, L. (2018). «El establecimiento hispano africano de Santa Cruz de Mar Pequeña y su aparición en la cartografía náutica portuguesa de finales del siglo XV». *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 64, pp. 1-5.
- CABRERA DÉNIZ, G. J. (1990). «José Rial: Una visión de Lanzarote y Fuerteventura (1927-1931)». En *Segundas Jornadas de Estudios de Lanzarote y Fuerteventura*, vol. 1. Arrecife: Cabildo de Lanzarote, pp. 47-70.
- CÉNIVAL, P. de y LA CHAPELLE, F. de (1935). «Possessions espagnoles sur la côte occidentale d’Afrique: Santa Cruz de Mar Pequeña et Ifni». *Hespéris*, núm. 21, pp. 19-77.
- CONCEPCIÓN LORENZO, N. M.^a (1992). «Una novela de José Antonio Rial o la emigración recuperada». En MORALES PADRÓN, F. (coord. y pról.), *X Coloquio de Historia Canario-Americana*, vol. 1. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 1292-1302.
- DALMASES Y DE OLABARRÍA, P. I. de (2012-2013). *El Sáhara Occidental en la bibliografía española y el discurso colonial*. (Tesis doctoral). Universidad Autónoma de Barcelona: Barcelona.
- DBC (2010). *Diccionario básico de canarismos*. Islas Canarias: Academia Canaria de La Lengua-Gobierno de Canarias.
- DÍEZ, L. (17 de junio de 2009). «Saint-Exupéry que estás en los cielos». *Público*. Recuperado de: <https://especiales.publico.es/hereroteca/232855/saint-exupery-que-estas-en-los-cielos> [10 de julio de 2021]
- DLE (2014). *Diccionario de la lengua española*. 23.^a edición. Madrid: Espasa Calpe.
- DOMENECH LAFUENTE, A. (1949). *Algo sobre Río de Oro*. Madrid: [s.n.].
- DOMENECH LAFUENTE, A. (1953). *Cuentos de Ifni*. Tetuán: Ed. Marroquí.
- DOMINGO SORIANO, M.^a C. (1994-1995). «Apuntes de lexicografía decimonónica: léxico árabe». *Revista de Lexicografía*, núm. 1, pp. 69-112.
- FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, R. (2011). «Autores y tendencias de la escena insular. Una aproximación al teatro canario del siglo XX (1900-1939)». *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 57, pp. 499-424.
- GANZO, C. de (24 de enero de 2014). «José Rial, un farero ilustrado. La azarosa vida del “torrero poeta”». *La Provincia* (Dominical), pp. 1-5.
- HERNÁNDEZ-PACHECO, E., HERNÁNDEZ-PACHECO, F., ALÍA MEDINA, M., VIDAL BOX, C., y GUINEA LÓPEZ, E. (1949). *Sáhara español. Estudio geológico, geográfico y botánico*. Madrid: Instituto de Estudios Africanos, CSIC.
- GAMBÍN GARCÍA, M. (2012). *La torre de Santa Cruz de Mar Pequeña. La primera huella de Canarias y Castilla en África*. La Laguna: Oristán y Gociano Editores.
- GARCÍA FIGUERAS, T. (1934). *Cuentos de Yehá*. Jerez de la Frontera: Nueva Litografía Jerezana.

- GIL GRIMAU, R. e IBN AZZUZ, M. (1977). *Que por la rosa roja corrió mi sangre. Nueva colección de cuentos marroquíes de tradición oral*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura.
- GODOY GALLARDO, E. (1997). *La voz de los náufragos. La narrativa republicana entre 1936 y 1939*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- GONZÁLEZ BELTRÁN, A. (ed.) (2009). *Cuentos y leyendas populares de Marruecos*. Madrid: Siruela.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Á. (1946). «Cuentos populares marroquíes». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, núm. 2, pp. 331-371 y 515-542.
- GUARNER, V. y GUARNER, J. (1931). *El Sáhara y Sur marroquí españoles*. Toledo: [s.n.].
- GUINEA LÓPEZ, E. (1945a). *España y el desierto. Impresiones saharianas de un botánico español*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- GUINEA LÓPEZ, E. (1945b). *Aspecto forestal del desierto. La vegetación leñosa y los pastos del Sáhara español*. Madrid: Instituto de Investigaciones y Experiencias.
- HIDALGO DE CISNEROS, I. (1977). *Cambio de rumbo*. 2 vols. Barcelona: Laia.
- HOZ, A. de la (1 de enero de 1950). «Sutileza», *A.O.E.*, núm. 239, p. 4.
- HOZ, A. de la (15 de enero de 1950). «Al caer las lluvias», *A.O.E.*, núm. 241, p. 3.
- HOZ, A. de la (29 de enero de 1950). «Al crepúsculo», *A.O.E.*, núm. 243, p. 5.
- HOZ, A. de la (19 de marzo de 1950). «La muerte de la Iglesia (?)», *A.O.E.*, núm. 250, p. 3.
- HOZ, A. de la (26 de marzo de 1950). «Clima moral», *A.O.E.*, núm. 251, p. 3.
- HOZ, A. de la (16 de abril de 1950). «Relieve moro», *A.O.E.*, núm. 254, p. 5.
- HOZ, A. de la (30 de abril de 1950). «Saaida», *A.O.E.*, núm. 256, p. 3.
- HOZ, A. de la (14 de mayo de 1950). «Están llorando», *A.O.E.*, núm. 258, p. 3.
- HOZ, A. de la (28 de mayo de 1950). «Retorcidas», *A.O.E.*, núm. 260, p. 3.
- HOZ, A. de la (4 de junio de 1950). «La vieja, yo y el perro», *A.O.E.*, núm. 261, p. 3.
- HOZ, A. de la (18 de junio de 1950). «Libros de sol y arena», *A.O.E.*, núm. 263, p. 3.
- HOZ, A. de la (2 de julio de 1950). «Las calizas, síntesis abandonada», *A.O.E.*, núm. 267, p. 3.
- HOZ, A. de la (16 de julio de 1950). «Gofio, batata, pescao», *A.O.E.*, núm. 267, p. 3.
- HOZ, A. de la (30 de julio de 1950). «Solos; pero no es soledad», *A.O.E.*, núm. 269, p. 3.
- HOZ, A. de la (6 de agosto de 1950). «Flor de adelfa», *A.O.E.*, núm. 270, p. 3.
- HOZ, A. de la (24 de septiembre de 1950). «Cuando te mueras», *A.O.E.*, núm. 277, p. 3.
- HOZ, A. de la (15 de octubre de 1950). «Estaba escrito», *A.O.E.*, núm. 280, p. 3.
- HOZ, A. de la (22 de octubre de 1950). «La locura del tambor», *A.O.E.*, núm. 281, p. 4.
- HOZ, A. de la (26 de noviembre de 1950). «Esotra “dama azul” que culebrea», *A.O.E.*, núm. 286, p. 3.
- HOZ, A. de la (10 de diciembre de 1950). «El lenguaje de los sokos», *A.O.E.*, núm. 288, p. 3
- IBN AZZUZ HAQUIM, M. (1954). *Cuentos populares marroquíes*. Madrid: Instituto de Estudios Africanos, CSIC.
- LAARBI, F. M. (13 de marzo de 1955). «Temas literarios baamranis». *A.O.E.*, núm. 510, p. 2.
- «Llegan a Las Palmas los tripulantes del vapor francés “Kairouan”, embarrancado frente a Cabo Juby» (18 de noviembre de 1934). *Gaceta de Tenerife*, p. 3.
- LÓPEZ ENAMORADO, M.^a D. (2000). *Cuentos populares marroquíes*. Madrid: Alderabán.
- LÓPEZ GARCÍA, B. (2008). «Españoles en Marruecos. Demografía de una historia compartida». En AOUAD, O. y BENLABBAH, F. (coords.), *Españoles en Marruecos 1900-2007: historia y memoria popular de una convivencia*. Rabat: Bouregreg, pp. 17- 48.
- LÓPEZ GORGÉ, J. (1999). *Nueva antología de relatos marroquíes*. Granada: Port Royal.
- «Los que hacemos “A.O.E.”» (19 de abril de 1964). *A.O.E.*, núm. 1000, p. 39.
- LOVERA DE SOLA, R. J. (1988). «José Antonio Rial González». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, núm. 281, pp. 79-87.

- MÁRQUEZ MONTES, C. (2006-2007). «José Antonio Rial. Un viajero a las Américas». *Anuario Americanista Europeo*, núm. 4-5, pp. 345-357.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, U. (1988). «Donald Mackenzie, un inglés en Cabo Juby». En MORALES LEZCANO, V. (coord.), *II Aula Canarias-Noroeste de África*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, La Caja de Canarias, pp. 397-410.
- MARTÍN NÁJERA, A. (dir.), BARRUSO BARÉS, P. y MARTÍN NÁJERA, A. (eds.) (2010). *Diccionario biográfico del socialismo español*. 2 vols. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- MARTÍNEZ MILÁN, J. (2008). «Canarios en el suroeste de Marruecos, 1900-2007: Reticencia, coexistencia y convivencia». En AOUAD, O. y BENLABBAH, F. (coords.), *Españoles en Marruecos 1900-2007: historia y memoria popular de una convivencia*. Rabat: Bouregreg, pp. 155-166.
- MEDINA SANABRIA, P. (2011a). «Primera requisitoria contra los evadidos del Sáhara». *El Blog de Pedro Medina Sanabria*. Recuperado de <https://pedromedinasanabria.wordpress.com/2011/09/10/primera-requisitoria-contra-los-evadidos-del-sahara/> [15 de agosto de 2021]
- MEDINA SANABRIA, P. (2011b). «Los deportados políticos de Villacisneros». *El Blog de Pedro Medina Sanabria*. Recuperado de <https://pedromedinasanabria.wordpress.com/2011/09/10/primera-requisitoria-contra-los-evadidos-del-sahara/> [15 de agosto de 2021]
- MOGA ROMERO, V. (2008). *La cuestión marroquí en la escritura africanista. Una aproximación a la contribución bibliográfica y editorial española al conocimiento del norte de Marruecos (1859-2008)*. Barcelona: Bellaterra.
- MONOD, T. (1976). «Notes sur George Glas (1725-1765), fondateur de Port Hillsborough (Sahara Marocain)». *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 22, pp. 409-517.
- MORALES LEZCANO, V. (1986): *España y el norte de África. El protectorado de Marruecos (1912-1956)*. Madrid: UNED.
- MORERA, M. (2021). «Saharianización lingüística de Canarias / Canarización lingüística del Sáhara». *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 67, pp. 1-27.
- MULERO CLEMENTE, M. (1945). *Los territorios españoles del Sáhara y sus grupos nómadas*. Sáhara: Talleres Tipográficos «El Siglo».
- NOGUÉ, J. y VILLANOVA, J. L. (1999): *España en Marruecos (1912-1956): discursos geográficos e intervención territorial*. Madrid: Instituto de Estudios Africanos.
- OTEYZA, L. de (1928). *Al Senegal en avión. Reportaje aéreo ilustrado con fotografías de «Alfonso»*. Madrid: Pueyo.
- PASCON, P. (1963). *Les ruines d'Agouitir de Khnifiss, province de Tarfaya (Santa Cruz de Mar Pequeña)*. Rabat: L'Institut de Sociologie de Rabat.
- PÉREZ GARCÍA, G. (2002). «La colonia penitenciaria de Villa Cisneros. Deportaciones y fugas durante la Segunda República». *Historia y Comunicación Social*, núm. 7, pp. 169-186.
- PÉREZ GARCÍA, G. (2006). «A.O.E., Semanario Gráfico del África Occidental Española». *Historia y Comunicación Social*, núm. 11, pp. 83-97.
- PÉREZ GIL, J. y GARRIDO GUIJARRO, Ó. (2015). «Santa Cruz de Mar Pequeña-Ifni en las relaciones hispanomarroquíes». *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 61, pp. 1-23.
- PINTO CEBRIÁN, F. y JIMÉNEZ TRIGUEROS, A. (1997). *Bajo la jaima: cuentos populares saharauis*. Madrid: Miraguano.
- RAMÍREZ MUÑOZ, M. (1996). «El enclave sahariano de Cabo Juby y el enlace aéreo Canarias-Península». *Aguayro*, núm. 216, pp. 32-35.
- RIAL, F. (2010). «Mi estancia en el Sáhara desde 1946 a 1952 en Cabo Juby, Tarfaya». Recuperado de vidaenelsahara.blogspot.com/2010/03/me-llamo-fanny-y-naci-en-cabo-juby-o.html [31 de julio de 2021]
- RIAL, J. (1925). *Teatro*, vol. 1. Las Palmas de Gran Canaria: Diario de Las Palmas.
- RIAL, J. (1926). *Isla de Lobos*. Madrid: [s.n.].
- RIAL, J. (1928). «Maloficio». *Novelas canarias*. Madrid: [s.n.].
- RIAL, M. (1 de junio de 1947). «Lluvia sobre el Sáhara». *A.O.E.*, núm. 104, p. 1.

- RIAL, M. (22 de junio de 1947). «Tumba de Titanes». *A.O.E.*, núm. 107, pp. 1-2.
- RIAL, M. (20 de julio de 1947). «Por una peseta». *A.O.E.*, núm. 111, pp. 1-2.
- RIAL, M. (10 y 17 de agosto de 1947). «Muladám (La madre de los huesos)». *A.O.E.*, núm. 114, pp. 1-2, y núm. 115, pp. 3-4.
- RIAL, M. (7 de septiembre de 1947). «Entre brumas». *A.O.E.*, núm. 118, pp. 1-2.
- RIAL, M. (5 de octubre de 1947). «El fortín de Janifís». *A.O.E.*, núm. 122, pp. 1-2.
- RIAL, M. (9 y 16 de noviembre de 1947). «Una noche en las dunas». *A.O.E.*, núm. 127, pp. 3-4, y núm. 128, pp. 3-4.
- RODRÍGUEZ MEDIANO, F. y FELIPE, H. de (eds.). (2002). *El protectorado español en Marruecos: gestión colonial e identidades*. Madrid: CSIC.
- ROMERO, I. (2017). *Isla de Lobos, naturaleza e historia*. [s.l.]: Ediciones Remotas.
- RUEDA GARRIDO, E. y EL HASSÁN ESCURI, A. (1941). *Cuentos marroquíes*. Larache: Artes Gráficas Boscá.
- RUMEU DE ARMAS, A. (1991). «Problemas concernientes a la ubicación de la Mar Pequeña y la torre de Santa Cruz». *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 37, pp. 575-588.
- SABIR, M. (2016). *La tierra, el hombre, el otro. La imagen del Marruecos meridional en textos españoles de 1940-1970*. (Tesis doctoral). Facultad de Humanidades, Sección de Filología, Universidad de La Laguna, La Laguna. [Inédita]
- SÁENZ, J. (29 de marzo de 1959). «José Acosta Lorenzo, primer premio de acuarelista de la Exposición de Pintores de África...», *A.O.E.*, núm. 718, p. 2.
- SÁENZ, J. (6 de diciembre de 1959). «José Acosta Lorenzo o la sinceridad», *A.O.E.*, núm. 754, p. 6.
- SAINT-EXUPÉRY, A. de (1978). *Courrier sud*. París: Gallimard.
- SÁNCHEZ PÉREZ, J. A. (1952). *Cuentos árabes populares*. Madrid: Instituto de Estudios Africanos, CSIC.
- SCHOLZ, S. y PALACIOS, C. J. (2009-2010). «El islote de Lobos». *Rincones del Atlántico*, núm. 6-7, pp. 92-108.
- STEREO (1964). «Breve historia de mil números». *A.O.E.*, núm. 1000, pp. 29-31.
- TOPPER, U. (1997). *Cuentos populares de los bereberes*. Madrid: Miraguano.
- VALDERRAMA MARTÍNEZ, F. (1956). *Historia de la acción cultural de España en Marruecos (1912-1956)*. Tetuán: Editora Marroquí.
- «Un vapor francés ha embarrancado en la costa de Cabo Juby» (8 de noviembre de 1934). *La prensa*, p. 2.
- VÁZQUEZ-FIGUEROA, A. (1993). *Arena y viento*. Barcelona: Plaza y Janés.
- VÁZQUEZ-FIGUEROA, A. (2017). Prólogo a ROMERO, I., *Isla de Lobos, naturaleza e historia*. [s.l.]: Ediciones Remotas.